

Noaj, N°. 12-13. Diciembre de 1997



EN LOS AÑOS DEL NAZISMO

- Editoriales. El deber del momento, p. 60. El deber de los judíos argentinos, p. 61
- Spivak, Aarón. Judeoamérica, pp. 62-75
- Rivera, Miguel A. Mi convivencia con Djaen en Bucarest, pp. 76-79
- Viñas, Ismael. El fascismo: recuerdo de mis años mozos, pp. 80-87.
- Resnik, Samuel. Adopción de niños europeos, p. 88



judaica

publicación mensual
directores: salomón rasnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 034.065

Año VII

Buenos Aires, Abril de 1940

N° 82

El Deber del Momento

Día a día se torna más trágica la situación de Europa en general y de los judíos en particular. Ante el empuje de la fuerza bruta van cayendo los últimos baluartes de la democracia y una atmósfera de impotencia y de barbarie empieza a regir allí donde antes flameaba el estandarte de la libertad. No sabemos cuánto tiempo durará este estado retrógrado, que esperamos sea transitorio. Entretanto, empero, junto con la ayuda material y moral que debemos otorgar con mano generosa a nuestros desdichados hermanos del viejo continente, es hora ya que empecemos a preocuparnos seriamente de nuestra propia situación en los países americanos. También aquí las cosas no andan como debieran andar. La ponzoña nazi se ha infiltrado profundamente y amenaza por igual a todos los pueblos americanos. Por suerte, los tentáculos del mal han quedado al descubierto y han inducido a nuestros gobernantes a tomar medidas para destruirlo antes de que sea demasiado tarde. Lo que se ha revelado en Brasil, primeramente, y en el Uruguay, luego, y lo que no ha sido revelado en otros países, pero que es voz corriente que existe, ha servido para sacar de su mororra a los confiados habitantes de este continente. Y junto con ellos, los judíos de América deben preocuparse también seriamente de la amenaza que se cierne sobre estas latitudes.

Como miembros de la colectividad americana, como democratas fervientes, como hombres apegados definitivamente a los respectivos suelos americanos en que moran, los judíos están, naturalmente, dispuestos a defender por todos los medios las instituciones liberales en cuyo seno se desenvuelven. Estas instituciones, el amparo de las cuales han hallado paz y libertad, son la garantía de su existencia, y esta garantía habrá que defenderla valientemente contra todas las agresiones exteriores.

Pero al lado de esta obra común a todos los habitantes del continente americano, tienen los núcleos judíos un deber más que cumplir.

130

J U D A I C A

Ellos están obligados, además de sus deberes ciudadanos, a preocuparse también por la conservación o desarrollo de los valores culturales judíos que han desaparecido ahora del escenario de Europa, ante el ataque brutal de la violencia desenfrenada. Antes, cuando existía en Europa un poderoso contingente judío que iba desenvolviendo, en veinte formas distintas, el arcaico caudal de la cultura judía, el aporte americano a este proceso histórico era secundario. Hoy, sucumbido momentáneamente aquel floreciente centro, recae sobre los judíos americanos el deber sagrado de continuar aquella obra secular. No estamos en condiciones aun, es verdad, de equipararnos, en este terreno, con lo hecho en Europa hasta ahora; aquello fué un proceso de milenios, y la vida judía americana apenas pasa de medio siglo, en el sentido colectivo. Pero si no estamos preparados para proseguir aquella labor, emperifoneemos, por lo menos, en conservar sus rastros, en mantener su brillo en medio de estos días sombríos. Acostumbremosnos a la idea de que el judaísmo americano está llamado a recibir una heredad espiritual grandiosa, aunque más no fuera que para resguardarla físicamente de la extinción. Tal vez lleguen algún día elementos capaces de continuarla en estas tierras; tal vez Europa misma vuelva a retomar algún día cercano el hilo de su tejido magnífico. Mientras tanto, empero, plantémonos la obligación de velar celosamente por la conservación de la cultura judía, en la medida en que nuestros medios nos lo permitan.

Este deber es, en los momentos actuales, un deber sagrado. Debe ocupar el sitio de otras actividades, menos fundamentales, que insumen grandes energías colectivas. No basta con ayudar a los judíos europeos con un mendrugo de pan. Hay que salvaguardar al mismo tiempo los valores espirituales que ellos han producido; es menester conservar vivo ese espíritu, que es la fuerza esencial que alienta a nuestro pueblo a través de su dolorosa historia.

El deber de los judíos argentinos

LA extensión cada vez mayor de la guerra plantea un serio problema para los judíos de América en lo que respecta a la persistencia de los valores básicos del judaísmo. En el momento actual, desgraciadamente, el núcleo de Europa se encuentra en una situación tan catastrófica que equivale a la ruina. Esta situación afecta a más de la tercera parte del judaísmo mundial. De los grupos judíos importantes que están fuera de la órbita nefasta del nazismo puede contarse, en estos momentos, a los de los E. Unidos, Palestina, América del Sur, Rusia, Australia y alguno que otro país europeo. En todo el resto de Europa, la garra nazi los tiene metidos en un puño, directamente o por reflejo.

Si se ha de juzgar al hitlerismo por su obra destructiva, no hay duda que uno de sus grandes éxitos ha sido el de arruinar a los judíos de Europa. Ese fué uno de sus propósitos, y por tratarse de una presa fácil, inerte, su derrumbe no tardó en producirse; otros pueblos, más preparados para la defensa, han sucumbido en un plazo menos largo. Antes, los judíos eran los únicos que vagaban por el mundo, ante el silencio vergonzoso de las naciones. Nadie intentó siquiera alzar su voz contra las persecuciones de que eran objeto desde que el nazismo tomó el poder en sus manos. Fueron desplazados lentamente de sus posiciones económicas, sociales e intelectuales, privados de sus bienes, de sus derechos, de su libertad, sin que el mundo se diera por enterado de este saqueo sin precedentes. Ahora, buena parte de la humanidad va sintiendo en carne propia los horrores del hitlerismo, y otra parte, atemorizada ante el azote infernal, se va preparando para hacerle frente.

La suerte de los judíos europeos ya no queda aislada; está íntimamente ligada a la de otros núcleos humanos que tienen fe en la libertad.

El porvenir inmediato del pueblo judío depende, por lo tanto, del destino de las naciones que son o quieren ser libres. "Mal de muchos, medio consuelo", dice un refrán hebreo. Y este es, por el momento, el consuelo que le queda a Israel en uno de los trances más trágicos de su historia.

Tal como están ahora las cosas, la responsabilidad mayor de la conservación del judaísmo recae sobre las colectividades dispersadas por los diversos países americanos. Porque descartando a Palestina, cuyo centro judío se está plasmando de acuerdo con su ritmo propio, y a Rusia, que está aislada del resto del mundo, son los Estados Unidos, principalmente, y los países de la América del Sur, en segundo término, los que deben afrontar aquella responsabilidad. Naturalmente, los Estados Unidos se hallan mucho más capacitados que las repúblicas sudamericanas para tal obra. No sólo por su densa población judía y por sus vastas posibilidades económicas, sino también porque allí se han concentrado los más altos valores de nuestra intelectualidad. Los núcleos judíos de los países sudamericanos, más jóvenes, dotados de menos recursos, ocupan, en el terreno de la cultura, un lugar secundario. Pero esto no es un motivo para que se muestren indiferentes. No se improvisan los valores espirituales, ni se forma de la noche a la mañana una atmósfera adecuada. Es menester cultivarlos pacientemente, preparar el terreno para su fecundación.

En lo que a la Argentina se refiere, la colonia israelita tiene ya una existencia de medio siglo. Este arraigo debe empezar a producir sus frutos. No basta con las obras sociales de todo orden que hemos creado; al lado de ellas hay que afianzar la cultura judía, sin la cual todas las instituciones que poseemos carecerán de valor. Los judíos americanos, en vez de sentirse invadidos por el desánimo ante lo que ocurre en el Viejo Mundo y en lugar de cultivar únicamente la filantropía, están obligados a emprender trabajos efectivos de índole cultural. Tenemos ya, es verdad, numerosas instituciones de este tipo, pero la mayoría de ellas, si no todas, llevan una vida línguیدا, sin mayores alcances. Nuestras entidades culturales de la capital, por ejemplo, que son las más activas, se reducen a organizar actos aislados, lecturas o comentarios matizados con un vaso de té, o viceversa. Es decir, se limitan al espurcimiento. Y por añadidura, no faltan las discordias estériles. Falta, empero, la labor fecunda, estimulante, el acicate que oriente los valores que ya tenemos y que haga surgir otros nuevos.

Tengamos presente, además, que dentro del cuadro de los países americanos, excepción hecha de los Estados Unidos, es la Argentina la que marcha a la vanguardia. Si nosotros trabajamos, los correligionarios del resto de América se sentirán inducidos a imitarnos; si somos negligentes, ellos caerán en la modorra. De ahí que a los judíos argentinos les incumbe un papel preponderante, superior tal vez a sus fuerzas del momento, pero un papel honroso, irrenunciable. La historia nos impone este deber, el de intensificar nuestra cultura, en bien nuestro y de las colectividades que nos rodean.

¿POR qué Judeoamérica? Con decir América basta, o sí se quiere, América Latina o Iberoamérica o Amé-

rica Católica, Apostólica, Romana. Todas son uno y el mismo continente, poblado por una y la misma raza. ¿Qué exageramos? ¿Que en nuestro afán de “épater le bourgeois” no se nos ha ocurrido para- doja mejor? Nada de eso. Judeo- américa es un ripio, un pleonismo. Proposición ésta clara, sencilla, evidente. A explicar lo evidente tienden las presentes líneas. De- seamos explicar lo meridiano, re- velar lo que los ojos conocen en sus menores detalles, decir a los hombres —como quien descubre América—: tenéis nariz, orejas, ma- nos.

Nada nos es más desconocido que lo familiar. Un viaje por el propio cuarto puede ser una aventura cargada de sorpresas que no ofrece una cacería de leones en el Congo. Nuestro deber de americanos es hoy redescubrir América. El ripio, que se ha vuelto necesario, tiene que retornar a su condición de ripio. El pleonas-

Judeoamérica

Aarón Spivak

*Los años de aparición de la revista **Judaica** (1933-1946) coincidieron exactamente con el ascenso, triunfo y derrota del nazismo en Europa y su repercusión en América Latina.*

*Reproducimos fragmentos de una provocativa réplica apologética de Aarón Spivak para responder al integrismo nacionalista hispano-americano de aquellos años, y publicado en **Judaica** 51-53 (1937) dedicado a “Los judíos de la América Latina”.*

Inquisición

El proceso de historificación es siempre el mismo: un tres por ciento de judíos opera sobre un noventa y siete por ciento de gentiles,¹ los modifica, es absorbido por ellos, y cuando está por desaparecer, sustitúyelo un nuevo aflujo de judíos, que se produce con la fatalidad de un fenómeno cósmico. En España el proceso fue radicalmente diverso.² Lo judío no podía operar sobre lo no judío que,

mo, más lleno ya de metáforas inesperadas que una estrofa de Mallarmé, pide a gritos se le restituya su impersonal personalidad.

Mas para ir de América a América hay que pasar por Judea. No decimos que América debe ser forzosamente de los judíos. No sabemos si lo será. Decimos tan sólo que América es judía, que Judeo-américa es el término exacto, el verdadero nombre del continente.

*Ensayista argentino y colaborador permanente de **Judaica** desde el primer número, autor de textos polémicos y provocadores en los años de ascenso del nazismo europeo y del nacionalismo antisemita en América Latina: “Abraham Hitler, el gorrero” (**Judaica** 41, 1936); “Una vieja y peligrosa reacción” (**Judaica** 48, 1937); “La patricia” (**Judaica** 50, 1937).*

o no existía o era deleznable. Tenía, pues, que operar sobre sí mismo e historificarse por autosugestión. La unidad nacional-religiosa española no fue, al igual que la unidad nacional-religiosa del rey David, más que un caso de autosugestión colectiva. La vasta España judía cubrióse, como el encantador del cuento, con una capa mágica sobre la cual estaba escrito: "Iglesia", y se creyó desjudaizada; pero las capas mágicas existen sólo en las narraciones para niños. Las capas reales dejan pasar la cabeza y las extremidades, y cuando se apolillan al cabo de algunos años, cáense hechas pedazos y dejan todo el cuerpo al descubierto.

Al publicarse el edicto de expulsión, una minoría de judíos tomó el camino del destierro, pero la mayoría prefirió convertirse.³ Muchedumbres de judíos agolpáronse a las puertas de las iglesias, para recibir el bautismo.⁴ Hubo curas, faltos de suficiente agua bendita, que convertían "en serie" a las multitudes aglomeradas frente a los atrios, echando al azar algunas gotas, que caían sobre una que otra cabeza privilegiada. Los judíos así convertidos retornaban a sus hogares tan en ayunas acerca de las verdades del cristianismo cual lo estuvieran antes. Seguían viviendo como judíos, cumpliendo las tradiciones judías —no conocían otras— y transmitiéndolas a sus hijos. No alcanzaban eclesiásticos para catequizar a los dos millones de judíos de que habla Llorente, a menos de que se hubiera recurrido a los buenos oficios de rabinos y muftíes.⁵ Era más probable que su judaísmo fresco, vivo, exacerbado por las persecuciones influyese sobre el millón de neocristianos de conversión dudosa o forzada o —por la ley del mayor número— sobre los cristianos viejos con quienes tenían relaciones de parentesco, que a la inversa.⁶ La unidad étnica de España realizada por Fernando e Isabel no pasaba, pues, de ser un mito. Era una de las tantas mentiras de la historia, falsificada en

provecho de minorías hambrientas de poder (en este caso la orden de los dominicos, concesionaria de la Inquisición, uno de los negocios más brillantes de la Iglesia romana).

El Santo Oficio fue creado a fin de mantener la ficción de una unidad inexistente.⁷ La Inquisición tuvo un doble cometido: defender a los conversos sinceros de los falsos conversos —con lo que se construía la unidad nacional española—, y defender al marrano perfecto del marrano que no sabía fingir con arte, con lo que se destruía la unidad nacional y se creaban conciencias de doble fondo, desdoblamientos armoniosos de la personalidad, que escapaban al ojo más avizor. La pretendida unidad étnico-religiosa se basaba, por un lado, en el fuego y el tormento y, por el otro, en el arte de fingir perfeccionado hasta el absurdo. El terror formó una población mojigata, farisaica, incapaz de una iniciativa, de un acto de arrojo o de heroísmo; el fingimiento, una población anticlerical, atea, anárquica, motinera.

Judeoespaña y Santo Oficio explican la antinomia del carácter español y la rápida decadencia y apolillamiento del país. Antinomia y decadencia que han llevado a la guerra civil de estos días y a la intervención de las huestes romanas y bárbaras realizada al amparo de la bandera de Franco, el semita traidor a su raza. ¿Será España una colonia del fascio? En ese caso correrá la suerte de Tierra Santa después de la destrucción del Segundo Templo. Conocerá quizá una prosperidad material, un orden y una limpieza que ha ignorado hasta hoy, pero no sería extraño que se despojlara lentamente de españoles —o sea de semitas—, los cuales se desparramarían por el mundo como nuevos judíos errantes. Con ellos iríase Cristo a deambular por los ghettos, expulsado por la cruz gamada de Hitler.

La Inquisición en América

¿Por qué no creó el choque de las masas aborígenes con los conquistadores y colonos judeoespañoles y judeoportugueses una nueva civilización americana? Echemos una ojeada al mapa de la Latinoamérica de hoy, cuatrocientos cuarenta y cinco años después del descubrimiento, y veremos países en que la cultura europea ha sido trasplantada con más o menos éxito, como la Argentina; algunos en que el trasplante ha sido feliz sólo en ciertas ciudades o regiones del litoral, como el Brasil; otros en que el árbol raquíutico de un europeísmo sin savia se agosta en medio de una profunda vegetación indígena chata, encogida, como las repúblicas del Pacífico. Los países europeos de América sufren en plena juventud todos los males seniles de las culturas del Viejo Continente, mientras que en las repúblicas indo y afroamericanas adivínase que al primer viento de fronda que enderece la aplastada vegetación aborígen, desaparecerá sin dejar rastros la enclenque planta de la civilización europea. De un lado historia descentrada; del otro, infrahistoria que aguarda su hora.

El desarrollo histórico de América (y el de España) exigía que se constituyese un imperio político-militar bajo la hegemonía ibérica, lo que habría resuelto a la vez dos problemas: dado al fermento judeoespañol una materia histórica sobre la cual obrar, poniendo fin al peligroso espejismo de la seudohistorificación, y hecho posible el libre juego de fuerzas históricas en el continente americano y la fecundación de las culturas aborígenes.

El error fue constituir, no un imperio político-militar, como habría hecho Cartago la hebrea, sino un imperio teocrático, como hubiese

hecho la Judea salomónica. La colonización española se propuso formar islas religiosas en un mar pagano, al igual que las migraciones y colonizaciones palestinas en el desierto de África, Abisinia y sur de Arabia. En México, Perú, Colombia y el Plata debían constituirse ghettos judeocatólicos, como los ghettos judeomosaicos del Yemen y Etiopía. La autosugestión era tan poderosa que absorbió a la realidad. La seudohistoria se tragó a la historia.

Santo Oficio llamóse el instrumento de la autosugestión que consumó la ruina de los países ibéricos y sofocó el proceso histórico americano. El Santo Oficio quiso crear en España y Portugal una ilusión de historia, encadenando el fermento judío a la Iglesia, y matar —al mismo tiempo— en germen la historia de América, impidiendo el contacto vivo, de cultura, entre las poblaciones aborígenes y los colonos y conquistadores. La Inquisición de América perseguía a los judaizantes y la Iglesia catequizaba indios. El imperio jesuítico del Paraguay y Corrientes comprobó la ineficacia de la catequización. Suprimidas las misiones y desaparecida la presión de la Iglesia, los guaraníes retornaron a las selvas. Siglo y medio de experimento religioso no había logrado historificarlos. El catolicismo de las órdenes monásticas y del Santo Oficio convirtiéndose, al ser trasplantado a territorio americano, en fuerza antihistórica.

Dos Iglesias

Dos formas de catolicismo trabáronse en lucha en América: el catolicismo históricamente fecundo de los marranos, que quería convertir a la Iglesia en una prolongación de la sinagoga, “sinaguitarla” infiltrándole su espíritu, y trataba de comprender al indio

y civilizarlo por el contacto vivo y la existencia en común, y el catolicismo antimarránico, antihistórico, intolerante, de las misiones y autos de fe.

El conquistador Hernando Alonso, compañero de Cortés y herrero de profesión, que remachó los clavos de los bergantines con que se reconquistara a México después de la Noche Triste –judío que hizo, pues, historia–, fue la primera víctima del Santo Oficio mexicano – con lo que tornó a hacer historia. Quemáronlo vivo en 1528 porque había prohibido a su mujer –de acuerdo a la costumbre judía– concurrir a misa estando impura. La hoguera de Alonso señala el comienzo de la lucha entre los dos catolicismos. El anciano conquistador consideraba a la iglesia tan santa como la sinagoga y exigía de su mujer que la respetase como toda judía devota respeta la casa de Jehová. La presión imponderable de miles de Alonsos anónimos que no terminaron en la hoguera y el hecho de que buena parte de los eclesiásticos eran marranos imprimió a la Iglesia un tinte netamente judío.⁸ Las parroquias encarnaban el pseudo catolicismo de los “cristianos nuevos”, el Santo Oficio y las órdenes el catolicismo internacional de los Papas y los concilios.

Lucas Ayarragaray relata en *La Iglesia en América y la dominación española* muchas costumbres que a él, falto tal vez de conocimientos del judaísmo, le parecen raras o curiosas, pero que para el lector judío han de constituir una verdadera revelación.

“Los maestros de escuela” dice “debían ser cristianos viejos... El método del canturreo, vale decir, el recitado en coro, en boga en la didáctica de Roma imperial, y si bien recuerdo, criticado por Juvenal, debía suprimirse, ‘pues alborotan e incomodan la vecindad’”. Verdaderamente, no hay que remontarse a Roma, para buscar el origen

del método. El canturreo, que se emplea aún en todas las academias talmúdicas, era practicado en las escuelas judías de España. Nada más natural que los maestros de América, cristianos nuevos en su mayoría, lo utilizasen en las clases de catecismo. No conocían otro sistema de enseñanza.

Ayarragaray escribe: “Naturalmente, en la iglesia existía un lugar circundado por balaustradas, para las mujeres, mientras el resto de las naves estaba ocupado por bancos destinados a los hombres. Esta separación de sexos perdura aún en muchas iglesias de América”. La “balaustrada” y la “separación de sexos” son característicos de la sinagoga. ¿Quién los introdujo en América? ¿Los curas judaizantes o los devotos marranos? Quizá lo hayan introducido laicos y eclesiásticos de común acuerdo.

“En medio de esas costumbres bíblicas” continúa Ayarragaray, “la hospitalidad casi constituía un rito... Mi tía abuela materna, doña Luisa Basavilbaso, oriunda de Santa Fe,⁹ de antigua familia criolla... se sentaba en el templo, de piernas cruzadas, como las mujeres árabes. Generalmente, los viernes, en recordación de la muerte de Jesucristo, hacía servir comida a los pordioseros”. La costumbre de repartir comida a los pordioseros los viernes es judía y la practican los judíos devotos en todos los países del mundo. Es lógico que, para disimular, los marranos fingiesen hacerlo en recuerdo de la muerte de Cristo.

La irreligiosidad actual de las poblaciones latinoamericanas tiene su origen en la colonia. Marrano que concurría a la iglesia esforzándose por convertirla en sinagoga, pero era mayor la cantidad de criptojudíos que trataba de librarse de la obligación de oír misa. “Los más mundanos y presuntuosos” refiere Ayarragaray “...elegían, precisamente, los días de fiesta para afeitarse,

impidiendo de tal manera que los barberos pudieran asistir a las ceremonias religiosas". La medicina es una vieja profesión judía. No es de extrañar, pues, que médicos y barberos –o sangradores– de la colonia fuesen judíos. Judío era el cirujano Marcos que acompañó a Colón en su primer viaje. Judío el primer médico de Cartagena. Judíos portugueses los primeros médicos de Buenos Aires.¹⁰ Nada más propio que el barbero –un marrano– afeitase en días de fiesta, para no ir a misa, y que su clientela marrana se acordara de embellecerse precisamente los domingos. Un judío ayudaba a otro judío a engañar a la Iglesia. "Entonces" continúa Ayarragaray "algunos concilios provinciales de América tomaron sobre sí la grave tarea de extirpar tales abusos y, en consecuencia, se dictaron disposiciones para que esos detalles del tocado personal se ejercitaran en los días ordinarios o en vísperas de fiesta. Y semejantes disposiciones alcanzaron también a los médicos, a quienes se prevenía que no condesciendan con sus enfermos en que no oigan misa en los días de precepto, porque los hacen pecar mortalmente y si eso ordenan, que sea sólo por causa grave, y que no den tampoco medicina que impida la misma, y que eso lo dejen para los días ordinarios". Los judíos de la colonia habían descubierto para el aceite de ricino un uso que Mussolini no ha sospechado: ¡se hacían purgar los sábados, para no tener que concurrir los domingos a la Iglesia! No dejaba de ser un heroísmo, tratándose de gente que era dueña a lo mejor de excelente estómago. Los médicos –judíos como ellos– los ayudaban a engañar a los curas – que, probablemente, eran también judíos. Cirujanos, barberos y curas han sido, pues, beneméritos del judaísmo en América. Nuestros fascistas criollos –descendientes de sefardíes conversos– deben renunciar, aun-

que tanto lo estimen, al aceite de ricino, que tiene desde la colonia marcado olor a sinagoga.

La obligación de no trabajar en los días de precepto está incluida en la Ley mosaica. El domingo cristiano se diferencia del sábado hebreo –entre otras cosas– en que no comporta descanso. El descanso dominical forzoso ha sido impuesto en los estados cristianos del mundo, en tiempos recientes, por la ley civil, a consecuencia de prolongadas agitaciones sociales. En cambio en América, dice Ayarragaray, "se permitía trabajar en algunas (fiestas), pero sólo después de oír misa", lo que quiere decir que en las más no se trabajaba, de acuerdo a la costumbre judía.

La influencia del judaísmo dejábase sentir en todos los aspectos de la vida de la colonia, inclusive en la vida eclesiástica. Las iglesias judaizaban, y si no hubiese sido por el Santo Oficio, toda la América Latina sería hoy "cristiana nueva". Frente a la Iglesia popular, criolla, de manifiestas inclinaciones sinagogaes, alzábase la Iglesia romana, extranjera, codiciosa de dinero y de poder. En los primeros veinte años después de su establecimiento en Lima, la Inquisición condenó a no menos de 342 judíos.¹¹ La historia de la América colonial es, si se mira bien, la historia de la lucha entre judaísmo y antijudaísmo.

Los mártires de la historificación de América

La Iglesia criolla, o sea la Sinagoga, y el Santo Oficio, o sea la Iglesia católica romana, disputanse desde hace cuatro siglos el alma de América. Son dos fuerzas, una histórica, que quiere adueñarse del alma continental para su bien, y otra antihistórica, que desea poseerla para su mal. La primera víctima de la Inquisición en el

Nuevo Mundo fue, en realidad, el primer mártir de la causa americana. La lucha por la independencia de estos países, o sea la lucha por su desarrollo histórico libre de trabas, empezó el día en que el primer inquisidor pisó nuestras playas. La realización completa de los destinos americanos dependía, no sólo del contacto inmediato entre el fermento judeoespañol o judeoportugués y las poblaciones aborígenes, sino de la creación de reservas permanentes de judaísmo, en forma de congregaciones judías públicas o secretas, que mantuviesen viva y pura la llama de la inquietud espiritual, de la tolerancia, del liberalismo y de la sed de justicia judíos.

Congregaciones hebreas constituyéronse en los virreinos de México y Perú, las capitanías generales de Nueva Granada y Chile y la gobernación del Río de la Plata. Se mantenían en estrecho contacto mutuo, a pesar de las grandes distancias, y sostenían relaciones epistolares continuas con las juderías europeas. Sendos incidentes y procesos incoados por la Inquisición pusieron de manifiesto algunos puntos sueltos de la espesa red de comunidades judías secretas extendida desde el Río Colorado hasta el Cabo de Hornos. A diferencia de España, el Santo Oficio no perseguía sólo a curas judaizantes, que eran casi todos los curas, y a cristianos nuevos olvidados del catecismo, que eran casi todos los cristianos nuevos, sino a los judíos. Y con razón. Sin el constante aporte de judaísmo de las congregaciones secretas, hubiérase podido sofocar, a la larga, las inclinaciones judaicas de los marranos. Las congregaciones constituían para la Iglesia romana un peligro mayor que los mismos judaizantes. Por eso las perseguían con tanta saña.

El proceso de los Carvajal y Rodríguez Matos demostró que México se había vuelto un centro de pensamiento judío intenso. “En esta ciudad”, informaba el Santo Oficio al Consejo de Indias, “los

judíos tienen tan poco miedo y vergüenza, que poseen sociedades y sinagogas, como si se encontrasen en un país donde su presencia fuera permitida y autorizada”. Cristianos viejos y mulatos pasábanse a la fe de Moisés, prueba del poco arraigo que el catolicismo tenía en aquel virreinato, cuyo conquistador pidiera a su soberano “no enviara a la nueva colonia obispos u otros clérigos porque malgastarían las riquezas del país y tratarían de conseguir latifundios para sus hijos y sobrinos”.

D. Francisco G. de Cosío transmitió a Mr. Oscar S. Strauss, en 1904, el texto de dos poesías populares que habían sido corrientes en México durante centenares de años. En ellas mencionanse las carabelas de Colón y los nombres de Rodrigo de Triana y de un marinero de “La Pinta”, un cierto Hanniel, quien gritara “Uaana Hen”, que significaría en hebreo “aquí están”, de donde habría venido el nombre de la isla Guahanani. Los versos 14 y 15 del segundo poema suenan:

*Haleluiah haanusim
e alhamdo lillah muslim.*

y al final dice:

*Quexoso del almirante
Este español judaizante.¹²*

Una canción marrana que se cantaba en México durante siglos, prueba que el judaísmo era parte integrante de la vida del país, y, en efecto, en 1889, hace menos de cinco décadas, publicábase aún en la ciudad capital de aquella república un periódico

marrano titulado *El Sábado Secreto*, y quince años después, en 1904, el citado Sr. Cosío anotaba una canción marrana del folklore nacional, para comunicársela a un estudioso judío de Estados Unidos!

El marranismo fue activo en América hasta que se inició a fines del siglo XIX la inmigración de judíos askenazíes del antiguo imperio ruso. Un vigoroso aflujo de judíos del ghetto recogió en sus manos la antorcha que se apagaba –la historia no deja nunca que la reserva judía se agote– y la reanimó en el manantial de su judaísmo borbotante y fresco.

El proceso de la “Casa de Pilatos” de Lima, reveló idéntica penetración judía en el Perú: el proceso del médico argentino Francisco Maldonado de Silva, la penetración judía en Tucumán; la lucha entre inquisidores y gobernadores en Buenos Aires, la penetración judía en el Plata.

D. Diego de León no fue el único fraile “mosaico” en la futura “capital fenicia y heterogénea”,¹³ “patria de herejes y judaizantes”, de la que venía (a Lima) un “venticello acentuado de libertad espiritual”.¹⁴

Sangre judía fecundó de libertad el suelo americano dos siglos antes de la lucha por la independencia. Judíos murieron en las hogueras de la Inquisición como héroes y santos, sirviendo una causa que superaba los límites estrechos de la congregación religiosa y de la fidelidad a rígidos preceptos rituales. Fueron mártires del proceso de historificación del continente, que se proponía crear una civilización genuinamente americana. De otro modo no se explican semejantes pruebas de heroísmo en el medio provinciano de las ciudades coloniales, heroísmo no superado ni repetido en América y que tiene

parangón sólo con el de los primeros cristianos de la Roma augusta. Ellos servían una causa histórica, continental, más que los intereses limitados de la sinagoga.

Los santos y mártires de Judeoamérica se llamaron D. Luis de Carvajal, cristiano viejo convertido a la verdadera fe –fue quemado conjuntamente con su madre y sus hermanos–, a quien el rey Salomón se le aparecía en sueños y le hacía beber un filtro que le permitía soportar los tormentos del Santo Oficio; el rabino –cristiano viejo converso– Bermejo; el célebre rabino Francisco Rodríguez Matos, su esposa, hijos e hijas, entre ellas la menor, de 17 años de edad, que se sabía los Salmos de memoria y podía repetir numerosos himnos hebreos en sentido directo e inverso; doña Ana Carbajal y Rodríguez –hija de Matos–, quemada a los sesenta y seis años de edad y venerada por sus correligionarios como una santa; la anciana Ana Gómez, que no quiso renegar en la hoguera, aunque sus parientes se lo pedían de rodillas, para salvarla de las llamas; Clara de Rivera, que revelara en el tormento haberse burlado ella y su madre de un crucifijo; Gabriel de Granada, niño de trece años de edad; y el más santo de todos, el “gran capitán judío” don Tomás Treviño, a quien condujeron a la hoguera amordazado, para que no pudiera arengar a la multitud, itan temible era su elocuencia! A fin de humillar su arrogancia judía, quisieron llevarlo al auto de fe montado en un mulo; pero ocho bestias se resistieron a que las montara. Hasta los mulos sentían lo que no sentían los inquisidores: que era un santo. Un indio fornido lo condujo, finalmente, al suplicio sobre sus hombros. En la hoguera le quemaron la cara y la barba, mostrándole cristianamente un crucifijo, mientras él escarbaba con los pies los carbones encendidos, para indicar su deseo de morir en la fe de sus antepasados.

Los países de América aman las fiestas, consagradas algunas a nociones tan abstractas como “la raza”. ¿Por qué no dar al Día de la Raza un contenido concreto, americano, y dedicarlo a la memoria de los mártires del Santo Oficio, los Treviño, Carvajal, Rodríguez Matos y Maldonado de Silva, que alzaron el pendón de la libertad en los tiempos tenebrosos de la Inquisición, cuando la idea de independencia no había empezado a germinar aún en el alma criolla? Los santos de Judeoamérica merecen tener su día. Sería un acto de justicia y, sobre todo, un ejemplo para las nuevas generaciones amenazadas hoy por el Santo Oficio de una flamante reacción político-religiosa.

La independencia hispanoamericana

La sociedad colonial formaba, pues, un ghetto, en lo económico, lo étnico y lo religioso. El Santo Oficio constituía sus muros. Los judeoamericanos que osaban mirar por encima de las murallas veían extenderse ante sus ojos vastas perspectivas históricas. El camino hacia los lejanos horizontes tenía en el Nuevo Mundo y en el ghetto europeo el mismo nombre: emancipación. Judeoamérica y la Europa judía emancipáronse al mismo tiempo, como resultado de idéntica sacudida histórica: la Revolución Francesa. Los primeros santos y mártires de la emancipación llamaronse aquí Rodríguez Matos y Treviño, allá Spinoza y Uriel Acosta.

José María Ramos Mejía¹⁵ ha estudiado en *Las multitudes argentinas* el proceso de la emancipación, que hizo posible, a su modo de ver, el “hombre carbono” o sea, lo que nosotros hemos denominado fermento histórico. Nadie ha analizado tan hondamente como él la psicología de las masas criollas y el proceso varias

veces secular que hizo posible el estallido de la Revolución de Mayo. ¿Qué falta de “las multitudes argentinas” a “Judeoamérica?” Un paso, que Ramos Mejía no dio, por temor, tal vez, a la reacción clerical. ¿Cómo podía ignorar, habiendo estudiado tan a fondo las influencias semíticas en el Plata, el substrato étnico de las multitudes rioplatenses? Pero la amarga experiencia recogida con su primer trabajo sobre el tema, que los jesuitas hicieron retirar de la circulación y es hoy inhallable, le obligó a ser prudente. En muchos párrafos de sus libros siéntese latir una idea oculta, una palabra que le quema los labios: “¡judío!”, pero el miedo ancestral del marrano a la Iglesia lo contiene.

La fermentación judaica que condujo a la independencia está admirablemente descrita en *Las multitudes argentinas*:

La idea de la independencia no nació en la mente como una inspiración o una sorpresa. De cuando en cuando estalla y un levantamiento aislado interrumpe el silencio del virreinato. Comienza a manifestarse bajo una forma, por cierto digna de estudio: el hombre de la multitud. En su estado primitivo es brujo, adivino, embaucador, fraile apóstata y libre pensador. Individuos aislados pululan en los pueblecitos miserables. Los embaucadores e iluminados, que abundan allí donde el candor y la credulidad proverbial de las masas primitivas les sirve de limo fecundo, irritan la imaginación, aguzan el temperamento impresionable y dan a los nervios de aquellos hombres coloniales una susceptibilidad que favorece la recíproca sugestión. A pesar de la amenaza del tormento y de la hoguera, los rebeldes aumentaban, y en ciertas épocas la herejía queda reducida a las prácticas de esta extraña resistencia al poder religioso y temporal establecido. Y lo sugestivo que tiene este hecho es que era el arriero el héroe de tan bizarras aventuras, el

soldado, el vecino obscuro, el humilde fraile, que encarnaba eso que podríamos llamar espíritu de rebeldía. Sorprende el desparpajo y la incredulidad con que ese hombre anónimo y obscuro trata las cosas más graves del dogma. A las barbas del Inquisidor se le dice a un vendedor ambulante de imágenes “mostradme acá esas bellaquerías”, y se coloca alrededor de una carta de excomunión una sarta de estiércol, a la puerta misma de la catedral. Pedro Ferreyra, un vil arriero anónimo, dice y lo sostiene en el tormento, “que el estado de los casados es el más perfecto, y que se limpiaría el c... con las excomuniones”. Luis Frago, “impedía a sus dependientes que fueran a misa”. Otro desconocido dice de un fraile enfermo: “mas que se muera y que se lo lleve el diablo a él y a cuanto fraile hay en el mundo: para qué son frailes que no son menester”. En forma tan extravagante se manifiesta el espíritu de rebelión, tan audaz, que desafía los horrores de la hoguera y los dolores del tormento. El hecho sólo de mirar frente a frente al Santo Oficio, constituye un acto de alta independencia, será un limo lleno de gérmenes, que irá aumentando con el dolor, y que infiltrándose en el alma adolescente de la multitud despertará fuerzas y virtudes, concurriendo a formarlas.¹⁶

Ramos Mejía no dice, seguramente porque no se atreve, que la Revolución de Mayo fue obra de judíos. Moreno, el ideólogo, era judío y padecía, como la mayoría de los cristianos nuevos, de la manía de las persecuciones. Lo era Rodríguez Peña. ¿Y no lo era, acaso, el ateo Castelli, de neto apellido italojudío?¹⁷ ¿O el aristocrático sefardí Saavedra? ¿O el “vasco” Larrea? La Revolución de Mayo fue, como todas las revoluciones libertadoras de Judeoamérica, el estallido de una juventud de ghetto, que quería vivir vida propia, amplia y fecunda.

Los fascistas criollos de apellidos sinagogales y narices más largas que el obelisco, que hacen hoy “buenas negocios”, como ellos dicen, con el “oro ario” del semita renegado Abraham (a) Adolfo Hitler, no son, por cierto, los únicos judeoamericanos que saben esas cosas, pero sí los únicos que las dicen.

El caso Rosas

La emancipación provocó en los ghettos una reacción tradicionalista antieuropea. La generación siguiente a la que se emancipara con un gesto de rebeldía audaz tuvo que enfrentar un neotradicionalismo modernizado, antiintelectualista y de hondas raíces populares. Beneficiáronse con los vientos de libertad la alta burguesía, la juventud intelectual y, en general el judaísmo de la periferia, pero quedó sin resolver el problema social-económico de la baja clase media y el artesanado. La lucha entre tradicionalistas –pequeños mercaderes y trabajadores manuales– y asimiladores o europeizantes –profesionales y plutocracia– prolongóse en el ghetto hasta la segunda mitad del siglo pasado. Idéntico fenómeno se produjo en la misma época en Judeoamérica. En el Río de la Plata tradújose en la guerra entre federales y unitarios. Rosas –un perseguido perseguidor, como tantos marranos– encarnó el espíritu de la tradición popular; sus enemigos, el de la asimilación a ultranza a la cultura europea. “Civilización o barbarie” significaba, en realidad, “ghetto o no ghetto”, criptojudaísmo o historificación inmediata, sin trámites.

Lucio V. Mansilla, sobrino carnal del “Restaurador de las Leyes”, insistía empeñosamente, guardándose de aclarar el por qué –como si lo impulsara alguna idea secreta a la que quería dar forma a toda costa– sobre el origen y la raza de Rosas: “Que Rosas, fueren cuales

fueren sus antecedentes de origen, de raza, de nacimiento, era un representante genuino del gaucho". Y en otro lugar: "Distinguimos así entre sangre de origen español y lo que después ha dado el producto criollo mestizo. Y distinguimos ex profeso; porque, valga lo que valiere nuestra teoría científica, asignamos suma importancia a los antecedentes etnológicos".

En términos más claros, Mansilla se precia de que su tío y, por lo tanto, su propia madre eran de sangre española pura, o lo que es lo mismo, cristianos nuevos puros, sin mezcla de sangre aborígen. No cita nunca la palabra "judío", pero da en su libro *Rosas* suficientes datos, que demuestran, indubitadamente, la persistencia de tradiciones judaicas –y hasta de conciencia judaica– en la familia del tirano.

Los unitarios eran marranos vergonzantes, que querían acabar lo más pronto posible con el ghetto judeoamericano. Fracasaron en su tentativa, como fracasaron los asimiladores rusos y alemanes, al querer resolver de parejo modo el problema judío de la Europa oriental. El problema judío –del cual el de Judeoamérica es sólo un caso particular– requiere una solución más radical que la de la europeización a todo trance. Rosas lo comprendió. Europeización significaba entregar el país a imperialismos voraces, que se adueñarían de él, so pretexto de "civilizarlo". Preguntaba Mansilla: "¿Creía Rosas, al llamarse 'Defensor de la santa causa americana', o no creía que esa causa estaba en peligro? Los mismos hombres de 1810, ¿no la habían ya amenazado pensando en monarquizar el país?".¹⁸ El tirano y los mercaderes judíos que lo sostenían eran americanistas, como lo fueran los mártires de Lima y México. Querían crear una civilización autóctona, para lo cual enaltecían al mestizo y el negro, el gauchaje y el pobrerío. Los

hombres de color no tuvieron en toda América amigo más sincero que el sefardí Rosas. Fiel a la tradición de su raza, fue el fermento histórico más eficaz de la Argentina independiente, el continuador y mejor intérprete del espíritu de la Revolución de Mayo, de aquella rebelión contra la madre patria, que "resultaba una fatalidad étnica", según Lucas Ayarragaray.¹⁹

Son ridículas las pretensiones de los fascistas criollos por adueñarse de Rosas, el criptojudío tradicionalista, y convertirlo en el prototipo del antisemita ultramontano. Nadie humilló tanto a la Iglesia como don Juan Manuel. El estado de la religión en su tiempo es descripto por Mansilla del siguiente modo: "Verdad que el padre Camargo, un ex capitán carlista franciscano, jineteaba yendo a Palermo; que el padre Fernando, familiar del obispo Medrano, casi ciego, le ayudaba a misa en camisa; y que el padre Casas, un franciscano pantagruélico, se estaba toda la tarde en la botica de Torres, frente a la iglesia, requebrando a las mujeres de medio pelo que pasaban, llegando en su lubricidad hasta emplear este piropo sarcástico cuanto sacrílego: 'Adiós p... seráfica'. Cómo sorprenderse entonces, si ese era el rumbo de las cosas... que el retrato de Rosas fuera puesto en los altares, excepto en los de San Ignacio, que fue la cuádruple razón suficiente para disolverlos (a los jesuitas) y cerrarles el colegio".²⁰

En sus relaciones con la Iglesia, Rosas fue un continuador de la política de los "ministros ateístas don Bernardino Rivadavia y don Manuel García", cuyo gobierno –dice un impreso de la época– "establece el cisma en esta virtuosa provincia, (e) invita a establecerse en (ella)... a todas las sectas, a todas las religiones del globo, y reserva la miseria, el oprobio, las penas infamatorias, los destierros, las prisiones y persecuciones de todo género, a los sacerdotes y fieles de la comunidad romana... Las inmunidades, las prerrogas-

tivas, exenciones, el privilegio del fuero, no condecoran ya a los ministros del santuario, y un estúpido pulpero, un oscuro artista los obliga a comparecer a su tribunal para administrar justicia, bajo la garantía de su tenebrosa jurisprudencia y educación... Este grupo de masones iluminados... ha trastornado de un solo golpe... nuestra religión".²¹

Lo más sintomático de la política religiosa de Rosas fue el haber reducido, paulatinamente, las fiestas del culto a cuatro, coincidiendo con las cuatro fiestas de precepto de la Ley de Moisés. No cabía protesta más viva de judaísmo.

En el sermón predicado por el fraile marrano Antonio Homem, el Praeceptor Infelix, durante el servicio secreto oficiado en Coimbra el Día del Perdón, de 1615, explicó que, para los criptojudíos, la diferencia esencial entre judaísmo y cristianismo residía en los dos problemas de la observancia del sábado y del culto de las imágenes. Hemos visto que en la casa de Rosas se observaba el sábado, y nadie se burló más atrocemente del culto de las imágenes que el tirano; pues la orden de colocar la suya en los altares era nada más que la sangrienta burla de un cristiano nuevo. Rosas fue el brazo de la historia que vengó a los mártires de la Inquisición. La sombra torturada de Treviño debió encontrar solaz en su obra. ¡El Defensor de la Santa Causa Americana pertenece a Judeoamérica y no a los marranos fascistas!

Por algo apoyaban a Rosas los judeoportugueses de Buenos Aires, aquellos a quienes Vicente Fidel López apostrofara en histórica sesión de la Legislatura, en 1852, gritándoles desde su sitio: "¡Barra de tenderos!"²² Rivadaria los llamaba más amablemente: "Buenos Aires, pueblo italiano, pueblo gritón". Cecil Roth refiere que los sefardíes detestaban a los tudescos, judíos alemanes, a

los italianos, judíos de la península, y a los berberiscos, judíos del Norte de Africa.²³ La comunidad portuguesa de Londres excluía, por ejemplo, a los italianos de toda participación en el gobierno de la sinagoga.²⁴ Es sabido, por lo demás, cuán gritones eran los ghettos italianos. Nada más propio de un judeoespañol o galaico que hablar con desprecio de los italianos y reprocharles la bulla que meten.

Facundo Quiroga, aliado de Rosas, gritaba: "¡Religión o muerte!", aunque no se confesó ni asistió nunca a misa. Probablemente, empleaba la palabra religión en el mismo sentido que Rosas la frase "santa causa americana". Eran vocablos mágicos, que expresaban la misma orientación antieuropea. Cuentan asimismo que el general Aráoz de La Madrid escribía cartas hebreas, lo que demostraría que el hebreo se seguía enseñando en Tucumán a principios del siglo pasado. Tucumán, la tierra del azúcar –industria introducida en América por judíos, cuyos descendientes son hoy los dueños de los grandes ingenios—²⁵ ha sido siempre provincia judaizante. Tuvo obispos judíos y dio a la Inquisición de Lima un mártir, que espera aún se le eleve un monumento en su ciudad natal.

Un episodio ilustrativo señaló el final de la tiranía. Dice Mansilla: "La influencia de Urquiza en sus dominios fue más personal, más directa que la de Rosas, a punto de que cuando después de Caseros regularizó su estado civil, casándose católicamente, más de setecientos casamientos se siguieron, de familias bien constituidas socialmente, aunque sin intervención de la iglesia... de esa Iglesia, que todos los caudillos, mandaran o no fusilar sacerdotes, sólo respetaban hasta por ahí, jurando y rejurando, sin embargo, que eran los más fieles sostenedores de la religión... Estos setecientos casamientos dan margen para un estudio social grave".²⁶

No creemos que el “amor libre” practicado por la mejor sociedad argentina en tiempos de Rosas haya sido una prueba de inmoralidad. Debió tener causas más hondas, cuya explicación nos ofrece Roth.

“Como hemos visto, los judíos no fueron autorizados, oficialmente, a vivir en Francia. Tenían que fingir, pues, que eran marraños. Poseían sus propios sacerdotes y confesores portugueses (posiblemente tan poco sinceros como ellos mismos), que les administraban los sacramentos católicos por forma. Se casaban por la Iglesia, de acuerdo a los ritos católicos, a pesar de que el matrimonio judío era celebrado en privado con todos los detalles. En 1705 la práctica de casarse por la Iglesia fue abandonado”.²⁷ No habría sido, pues, extraño que con el relajamiento de la presión de la Iglesia desde el tiempo de Rivadavia, nuestros marraños se hubiesen abstenido de casarse según el rito católico. Esta es la única explicación que puede conciliar el alto grado de moralidad de la familia argentina con el matrimonio sin intervención de la Iglesia.

La caída de Rosas significó la derrota del espíritu criptojudío tradicional y el triunfo de la reacción europeizante de los unitarios. Los setecientos matrimonios marcaron el final del marranismo rosista.

Es incomprensible cómo pueden los antisemitas ver en Rosas a su prototipo, cuyos manes invocan con alaridos de pogrom. Urquiza, a quien desprecian, debería estar más cerca de su espíritu. Los que quieren entregar el país a los alemanes e italianos son herederos y continuadores de los europeizantes, que lo enajenaron a su tiempo a los ingleses.

La historia de las dos Iberias –la de Europa y la de América– es incomprensible, si se prescinde de la corriente subterránea criptojudía, que está en la raíz de muchas reacciones psicológicas típicas y de la particular estructura de la sociedad española e hispanoamericana. Judeoamérica no sabe aún que es Judeoamérica. El deber de la hora es despertar en ella la conciencia de su judeoamericanismo, pues es el único modo de que se libre de su complejo de inferioridad y salga del ghetto estrecho en que vive a los amplios caminos del mundo. La historia exige que América sepa quién es, para que el fermento que contiene empiece a actuar sobre su materia étnica inerte. Judeoamérica tiene que volver a ser Judeoamérica, a fin de dejar de serlo de inmediato y tornarse íntegramente Indo y Afroamérica, es decir: América, como realidad histórica en acción. Judeoamérica es un puente. La América autóctona el destino.

Buenos Aires, noviembre de 1937

NOTAS

- 1 Estas cifras no tienen valor absoluto. Polonia posee un diez por ciento de judíos. Italia un uno por mil, pero en la mayoría de los países civilizados –como Estados Unidos, Rusia, Inglaterra, Austria, Hungría, Checoslovaquia, Argentina, etc.–, los judíos forman del dos al tres por ciento de la población. Los 600.000 judíos de Alemania no son todos los judíos que viven allí, pues en el Reich ha habido muchos matrimonios

mixtos, cuya prole puede considerarse –a los efectos de su función histórica– tan judía como la de los matrimonios endogámicos.

- 2 Igual que en la Palestina de los Jueces y los Primeros Profetas.
- 3 Llorente eleva el número de los fugitivos a 800.000, o sea, los dos quintos del total de judíos “puros”, según su propio cálculo. ¿Quiénes fueron los 800.000 desterrados? Un sefardí de Esmirna, D. José M. Estru

- go, refiere en su libro *El retorno a Sefarad* una experiencia curiosa. En su ciudad nativa no había tenido nunca la impresión de estar entre judíos, a pesar de que los preceptos religiosos eran allí observados con el máximo rigor. Los sefardíes de Esmirna no tienen, decididamente, aspecto judío. Son españoles. En cambio, lo primero que le impresionó cuando puso el pie en España, fue la gran cantidad de fisonomías judías que le salieron al encuentro. En Esmirna sentíase en España; en España creía estar en Judea, y como no le era desconocido el secreto de la constitución étnica de la península en tiempos de la expulsión, que historiadores y sociólogos suelen ocultar cuidadosamente, concluyó que de España habían sido expulsados sólo los "goim". Las conversiones al judaísmo eran frecuentes en la Edad Media, y, al crearse la unidad nacional española, los judíos habrían expulsado a los neojudíos, para mantener la pureza de sangre de la raza. Esta hipótesis, que encierra tal vez un grano de verdad –no hubiese sido extraño que algunos prosélitos muy devotos prefiriesen el destierro al retorno a la Iglesia– muestra a qué exageraciones puede llevar la constante falsificación de la historia de España (y Portugal) realizada por los historiadores profesionales. El origen judío de la mayor parte de la población de la península y la persistencia de costumbres y hábitos mentales judíos han sido silenciados en modo tan absoluto, bajo la presión de los intereses religiosos, que cuando se empieza a analizar algún periodo de la historia ibérica, surgen de inmediato problemas e interrogantes que dejan al estudioso desaprensivo sumido en un mar de dudas. La historia de España, Portugal e Iberoamérica tiene que ser reescrita por hombres que se hayan librado del temor secular –y casi animal– al fantasma del Santo Oficio.
- 4 "Entonces veníanse a las iglesias ellos mismos a bautizar y así fueron bautizados y tornados cristianos en toda Castilla muy muchos, y después de bautizados se iban algunos a Portugal y a otros reinos a ser judíos, y otros pasando algún tiempo, se volvían a hacer judíos donde no los conocían; y quedaron todavía muchos judíos en Castilla y muchas sinagogas, y los guarecieron los señores y los reyes siempre por los

grandes provechos que de ellos habían". Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*, capítulo XLIII.

- 5 "Pero para mayor demostración de que la nación castellana en general estaba descontenta con la Inquisición, dividamos la totalidad de sus habitantes en clases y recorramos cada una. Supongo siete millones de personas castellanas. Dos eran de familias hebreas, el uno, de judíos, y el otro, de cristianos nuevos, hijos, nietos y biznietos de los convertidos en diferentes épocas; había otro millón de familias moriscas, las tres cuartas partes sin bautizar y las demás bautizadas... De los cuatro millones restantes, un millón por lo menos tenía parentesco de consanguinidad o afinidad con familias hebreas". Llorente, *Anales secretos de la Inquisición*, pp. 98-99. Tres millones o sea el 43% de la población, tenía, pues, sangre judía, el 14% morisca y el otro 43% "aria". En total, el 57% de los castellanos eran semitas.
- 6 "De donde se siguió que no solamente muchos de los convertidos nuevamente a nuestra santa fe católica, más algunos de los que eran de su naturaleza cristianos, se desviaban del verdadero camino de su salvación, y mucha parte de los pueblos se iban con la comunicación de los judíos y moros pervirtiendo y contaminando, de donde resultó mucho estrago generalmente por la comunicación de los nuevamente convertidos, siguiendo sectas muy reprobadas y judaizando algunos públicamente sin respeto a las censuras y castigo de la Iglesia". Zurita. *Anales de Aragón*, tomo IV, libro XX, capítulo XLIX, citado por Llorente.
- 7 "La Inquisición nació, naturalmente, a consecuencia de un estado social de anarquía que amenazaba destruir los cimientos de una nueva Jerusalén, creada al amparo de los privilegios de la nobleza y de la supremacía lograda por la Iglesia, que fomentó la indisciplina dentro de su mismo campo". M.F.N., *Prólogo a Anales Secretos de la Inquisición*, de J.A. Llorente, pág. 6.
- 8 Ricardo Rojas refiere que curas porteños se opusieron a que se abriera un teatro en Buenos Aires, frente a la casa que guardaba el Arca del Testamento. Podría creerse que esa casa era una sinagoga, pero no:

- era una iglesia. El fraile judaizante Diego de León, que castigaba una imagen de Cristo cuando se creía a cubierto de miradas curiosas, y aquel obispo de Tucumán cuya alta investidura salvó a su hermano de la suerte de otros marranos descubiertos por la Inquisición, no fueron, pues, casos aislados. Recuérdese a los frailes apóstatas de que habla Ramos Mejía. La primera tarea del Santo Oficio en el Nuevo Mundo fue perseguir a los curas herejes.
- 9 De donde es oriundo el antisemita criollo D. Gustavo Martínez Zuviría, portador, mal que le pese, de sendos apellidos sefardíes.
 - 10 Eran médicos de los barcos de ultramar invitados a ejercer su profesión en la ciudad, a pesar de la "impureza" de su sangre. Parece que los porteños de aquel entonces no practicaban el antisemitismo, quizá porque eran judíos en su mayoría.
 - 11 "En 1754 un jesuita celoso propuso el establecimiento de un tribunal inquisitorial independiente en Buenos Aires, donde –según sostenía– había de cuatro a seis mil judíos portugueses". Roth, op. cit. p. 323. ¡Seis mil "portugueses" en Buenos Aires medio siglo antes de la independencia! ¡Y la ciudad tenía apenas diez mil habitantes! ¿Qué porteño del virreinato no era, pues, judío?
 - 12 Georges Alexander Kohut. *The Contributions of Cyrus Adler to American Jewish History*, en "Publications of the American Jewish Historical Society", N. 33, pp. 33-34.
 - 13 J. M. Ramos Mejía. *Las multitudes argentinas*. Edición "La Cultura Popular", p. 19.
 - 14 Id., p. 50.
 - 15 Ramos Mejía es apellido sefaradí. Mejía viene de Mexías o Mesías.
 - 16 Hemos resumido en estas líneas el cap. II de *Las multitudes argentinas*, de J. M. Ramos Mejía.
 - 17 V. Samuele Schaerf, *I Cognomi degli Ebrei d'Italia*, p. 18.
 - 18 Lucio V. Mans: Ila, Rosas, p. 153.
 - 19 Lucas Ayarragaray, *La Iglesia en América y la dominación española*, p. 140.
 - 20 Op. cit., pp. 124-125.
 - 21 Ayarragaray, op. cit., pp. 251-254.
 - 22 Op. cit., p. 246.
 - 23 Op. cit., p. 234.
 - 24 Id., p. 269.
 - 25 La industria del azúcar fue introducida por los judíos en todo el continente, incluso el Brasil.
 - 26 Mansilla, Rosas, pp. 218-219.
 - 27 Cecil Roth, *History of the Morranos*, Philadelphia, 1932, pp. 224-225.

Mi convivencia con Djaen en Bucarest

(Especial para JUDAICA)

Por MIGUEL A. RIVERA
ex-Encargado de Negocios
de Chile en Rumania

Este trabajo representa además de un sentido homenaje a la memoria de un recordado jefe espiritual del sefaradismo, una página vivida de la historia del judaísmo rumano en el período 1940-43. Fue escrito por un distinguido periodista chileno, que tuvo entonces a su cargo la representación diplomática y consular de Chile en Bucarest, y logró salvar la vida de miles de refugiados judíos de Polonia, arrojados a tierra rumana por la furia nazi.

La noticia del fallecimiento del ilustre y Gran Rabino Doctor Sabetay J. Djaen, me ha afectado profundamente y es una desgracia que ha producido un sentimiento de general pesadumbre.

Tuve ocasión de conocerlo en Bucarest, capital de Rumania, el año 1940, época aciaga en que ese país fué ocupado por fuerzas militares del nazismo alemán, época de la abdicación del rey Carol y, de la ascensión al trono del rey Miguel, suceso este último que coincidió con la toma del Poder hecha por el general Antonescu, quien entregó el gobierno al nazismo rumano inspirado, dirigido y manejado por Berlín, ciudad que era la sede de la furia antirracista predicada por Hitler, quien soñó con sojuzgar al mundo mediante el exterminio previo de judíos y masones.

El general Antonescu, militar audaz, sin concepciones de estadista, fué un simple instrumento al servicio de Hitler. Para iniciar su gobierno obtuvo del rey Miguel que le otorgara facultades de dictador absoluto.

Armado con estas facultades entregó el gobierno del país a las hordas descontroladas, sanguinarias de los nazistas criollos, quienes habían logrado colocar en el gabinete a su jefe como Vice-premier y a cuatro de sus secuaces en otras tantas carteras ministeriales entre ellas las del Interior desde la cual entraron a manejar las policías de toda la Nación, y, por lo tanto, a disponer de la honra, de los bienes y de la vida de todos los habitantes del país.

Desde las trincheras del poder, la bestia nazi desarrolló sus furores contra los judíos tocando la trompeta del odio, del degüello y del exterminio.

Y las víctimas propiciatorias tuvieron, a su vez, que preparar-

se para sufrir todas las abominaciones, para afrontar todos los sacrificios, con estoicismo, de mártires.

Me tocó presenciar aquella gran tragedia. Se despojó a las víctimas de sus casas, de sus haciendas, de su dinero, de sus joyas, de sus muebles, de los objetos de uso personal y hasta de las provisiones para su alimentación.

El hambre, la miseria y la desesperación de toda aquella masa perseguida y acorralada clamaba justicia; pero la justicia no era posible encontrarla porque la fuerza bruta imperaba en el país y operaba a ciegas, con furia demoníaca, en nombre de un antisemitismo que justificaba todos los crímenes.

Como los judíos habían sido privados de sus hogares, se veían obligados a salir por las calles en donde eran asesinados públicamente a la vista de una población que contemplaba inerte, atónita y amedrentada la obra de los vándalos del nazismo.

Los establecimientos comerciales de los judíos, eran saqueados en pleno día; y en el mismo local caían asesinados el jefe, la mujer, los hijos, los empleados y todos sus familiares. El edificio era empapado con petróleo y el fuego reducía a cenizas lo que pocos momentos antes había sido un establecimiento comercial y el hogar de una familia.

Las calles eran patrulladas por las bandas armadas de los camisas pardas del nazismo, la ciudad fué privada hasta del alumbrado. Durante todo el día y la noche, no se oían sino los disparos y ametralladoras que ejecutaban el asesinato individual y colectivo de los israelitas. Por la ciudad sólo transitaban los autos y camiones de aquellos desalmados que desarrollaban la inhumana matanza.

En estos momentos trágicos yo, que ejercía la representación diplomática y consular de Chile en Rumania, que presté asilo para varios de estos perseguidos, ordené alistar un auto con placa diplomática, le hice colocar dos banderas chilenas, atravesé la zona peligrosa después de haber sido detenido varias veces en el trayecto por los legionarios nazis que respetaron mi persona y mi coche, y llegué hasta la morada del ilustre y Gran Rabino, Dr. Sabetay J. Djaen, cuya vida estaba amenazada.

Íba yo a invitarlo a pasar a mi Legación y a llevarlo a ella en mi propio automóvil resguardado por la bandera de mi patria.

Fueron grandes e indescriptibles su sorpresa y su alegría cuando me vió en su morada y cuando supo la misión que me llevaba.

Entre sorbo y sorbo de café y fumando cigarrillos, conversamos durante más de una hora. Nuestra charla no sólo consideró la tragedia que estábamos presenciando, sino que en el terreno de las ideas, explayamos nuestro pensamiento hacia el campo de los

neo palpitantes problemas de actualidad que tenían relación con la guerra desencadenada en Europa y que luego envolvería al resto del mundo. La libertad desconocida, la democracia en peligro, el derecho a la convivencia humana era privilegio en favor de unos pocos y negado a los demás. Y por momentos nos preguntábamos ¿a dónde va la humanidad?, ¿triunfará la bestia nazi? Y llegábamos por un conducto de lógicas deducciones a la única conclusión posible: era preciso la unión de todas las fuerzas espirituales y de todos los elementos materiales para crear una maquinaria bélica que aplastara a los agresores y terminara la abominable tragedia que estaba sufriendo el mundo.

Y mientras hablaba aquel hombre, yo lo miraba y lo examinaba profundamente. Era de la pasta de los Patriarcas. A pesar de sus años y de sus cabellos blancos, expresaba su sabiduría con contaminación de imaginación al mismo tiempo que con un acento suave, moderado, insinuante, propios del hombre que está seguro de una gran convicción, que la sostiene aún con el sacrificio de su vida. Identificaba su existencia con su convicción misma, es decir, vivía por servir sus ideales y si la muerte era necesaria para asegurar el triunfo de ellos, la afrontaba sonriente, con toda valentía, sin quejas ni reproches.

La contextura de aquel hombre eminente, le hizo agradecerme de todo corazón el ofrecimiento de salvarle la vida llevándole a la Legación de Chile y me pidió que le permitiera continuar en el Consejo de Israelitas Españoles de Rumania, porque ese era su deber.

Le demostré que perder la vida por sostener una buena causa era una decisión respetable y digna de admiración sobre todo cuando se combatía con armas a lo menos equivalentes; pero que no había combate posible entre hombres que levantaban como bandera un principio, un ideal, el ideal de la libertad de conciencia, contra masacradores brutales que no raciocinaban sino que obraban con la fuerza ciega y salvaje.

Recuerdo como si fuera hoy y como si lo estuviera viendo, cuando, a pesar de mis protestas, quiso acompañarme hasta mi auto, a cabeza descubierta, en aquella noche en que caía copiosa nieve con una temperatura de veinte grados bajo cero.

Dos días después de esta entrevista, un mensajero secreto llegó hasta mi Legación para anunciarme que el Gran Rabino vendría con el objeto de corresponder a mi visita.

Le mandé un recado diciéndole que no era prudente que se aventurara en llegar a mi Legación en esos días de terror y de masacres, pero que si él insistía, lo recibiría a la hora indicada por él. Cuando llegó a la Legación lo recibí con respeto y afecto y le dije alegremente: Desde este momento, os declaro mi priso-

nero de guerra y os doy como cárcel los tres pisos del edificio de la Legación. Y él me contestó con una sonrisa, mezcla de alegría y de amargura: Excelencia acepto ser prisionero en la casa de la Legación de nuestro hermoso país, que es Chile, en donde tengo tantos amigos.

Todos mis esfuerzos para que se quedara en la Legación fueron estériles. Su negativa fué firme y terminante.

El único servicio que me fué dado concederle fué el de recibir de sus manos, un precioso y valiosísimo álbum que las comunidades israelitas de diversos países de Europa dedicaban al Presidente de Estados Unidos de América, Franklin Roosevelt, en el había escrito un mensaje de saludo, al jefe de la democracia norteamericana y en que también se pedía su protección y amparo contra las persecuciones del nazismo.

Por petición suya ese álbum lo remití a la Legación de Chile en Turquía en donde quedaría depositado hasta que lo reclamara el ilustre Dr. Djaen, quien se proponía recogerlo después y hacerlo llegar a las manos del destinatario.

Una semana duró la persecución y la matanza de israelitas, en el territorio de Rumania, la semana comprendida entre el 18 y el 24 de enero de 1941 y durante ese período de terror y de abominación, no dejé un solo día de estar en contacto con mi ilustre amigo, Dr. Djaen, quien sabía que las puertas de mi Legación estaban abiertas para él en toda hora y para todos los israelitas que desearan. Y muchos de ellos recibieron asilo, alimentos y atenciones en aquellos días de peligro.

De uno de estos asilados recibí algunos meses ha, una carta en la que me da la noticia de que, gracias a mí salvó su vida y la de su hija, y que ahora vive en París en donde trabaja con todo éxito.

Me han complacido estos homenajes que son hijos de la gratitud hacia un hombre como yo que procedió solo a impulso de los sentimientos de su alma, sin poner precio a su actitud. Hago esta aclaración y la formulo en nombre de mi corrección y en recuerdo y homenaje a la pureza de la amistad inmaculada que me unió a mi ilustre amigo, doctor Djaen.

En aquella semana roja, no sólo cayeron israelitas. Fueron también martirizados y asesinados con ensañamiento y furia satánicas, personalidades rumanas que no eran israelitas pero que tuvieron gran figuración en el gobierno caído del rey Carol. La muerte horrorosa de estas personalidades, hirió el corazón de la alta sociedad rumana y obligó al general Antonescu a reemplazar el gabinete de legionarios criollos, por un Ministerio netamente militar que puso término a la matanza, aunque no a la persecución y expulsión de los judíos.

Una noche, noche fatal, una banda clandestina de nazistas disfrazados con trajes de soldados del ejército rumano, amparada por la obscuridad de las calles cuyo alumbrado fué suprimido, armada de fusiles, pistolas y ametralladoras, asaltó la casa del ilustre Rabino Sabetay Djaen, le destruyó sus muebles y le destruyó su biblioteca, junto con todos los objetos acumulados allí. El doctor Djaen alcanzó a escapar por el techo de su casa y se asiló en un escondite que tenía preparado. Felizmente la lluvia de balas no le alcanzó.

La Gran Sinagoga, la más hermosa iglesia de los israelitas españoles (Sefaraditas) en Bucarest, fué asaltada y saqueada por los legionarios. Muchos objetos fueron amontonados y quemados. Las bandas de saqueadores bailaban y vociferaban alrededor del fuego, celebrando su vandalismo. Ahí sucumbió la biblioteca que me había obsequiado el Gran Rabino y que no alcanzó a ser llevada a la Legación. Cuando al día siguiente supe la noticia del atentado, me fui a casa del Dr. Djaen. La casa estaba vacía y custodiada por fuerzas del Ejército. Esa misma tarde tuve informaciones de que el Dr. Djaen estaba en lugar seguro y que había escapado sin ser herido.

Y así entre persecuciones, asaltos, incendios, saqueos, asesinatos, pasamos de enero a abril, época en que yo renuncié a mi cargo diplomático y me dispuse para marchar a Chile.

Muchas veces pudimos reunirnos con el Dr. Djaen y lamentar la impotencia de nuestros esfuerzos para contener la ola de sangre que iba ahogando a los judíos.

Un día recibí su visita en mi Legación, venía acompañado del Presidente del Consejo de la Comunidad Israelita Española y del Secretario General del mismo Consejo.

Me preguntó si yo podría traerle personalmente al Presidente de Chile, mi amigo Pedro Aguirre Cerda, el siguiente mensaje cuyo original con las firmas de los tres personajes nombrados, conservo en mi archivo particular, del cual lo he extraído expresamente para leerlo y exhibirlo en este homenaje:

COMUNITATEA
ISRAELITILOR DE RIT SPANIOL
DIN BUCURESTI

Strada Negru-Voda Nr. 3
Telefon 3-32.04

Bucarest, a 30 de abril de 1941.

Al Exmo. y distinguidísimo
Representante de la República
de Chile en Rumania
Señor Don MIGUEL A. RIVERA
Bucarest

Excelentísimo Señor y de nuestra alta consideración y estima:
Nosotros, los infrascritos miembros del Consejo de Represen-

tantes de la Comunidad de los Israelitas Españoles de esta capital, a la cabeza con nuestro Jefe espiritual S. E. el Gran Rabino de los Israelitas Españoles (Sefaraditas) de Rumania, Sabetay I. Djaen, nos presentamos con esta solicitud ante V. E. en nombre nuestro, así como también en el de los Israelitas Españoles de los países balcánicos: Bulgaria, Yugoslavia, Grecia y Rumania, suplicando con todo el respeto y la alta consideración debida, de hacerse portador de esta voz desesperada de sus hermanos, los Israelitas Españoles, ante el alto Gobierno de su gloriosa Patria, la noble y democrática República de Chile.

Los acontecimientos tristes que cayeron sobre nosotros, nos hacen tender nuestros brazos por clemencia y piedad hacia Chile, este noble país, la perla de las América latinas, la nación con alma grande, que ha acogido como sus propios hijos a muchos de nuestros hermanos hebreos, los cuales gozan allá de tanto amor y bienestar.

Somos españoles. Se ha escrito tanto sobre nosotros en la literatura Ibero-Americana por eminentes hombres de la pluma y del pensamiento, como españoles sin patria: de escritores ilustres como Dr. Angé Pulido, Castelar, Mendes Bejarano, Manrique de Lara y tantas otras eminentes personalidades de lengua castellana y otras también. Somos un elemento sano y activo; aun la madre España había abierto sus puertas y nos llamó a su seno.

Informados de su próxima partida para su noble país, solicitámosle en nuestro nombre y en el de nuestros hermanos desesperados y caídos en desgracia, de pedir la hospitalidad para los Israelitas Españoles de los países balcánicos, en su amada Patria, tan hospitalaria y generosa.

Nuestro elemento se compone de industriales, de profesionales, como médicos, ingenieros, arquitectos, artesanos, agricultores, comerciantes e intelectuales de valor, cuales abrazarán su nueva Patria con todo el cariño y amor, contribuyendo así por su desarrollo y grandeza ibero-americana.

Recogednos bajo vuestra bandera, como verdaderos hermanos: habiendo conservado durante siglos enteros el dulce idioma castellano, hemos vivido con la nostalgia hacia nuestra madre España, considerando siempre con santidad las costumbres y el carácter del hispanismo.

Esperamos que, por su distinguida intervención personal ante los altos dignatarios de la noble República de Chile, nuestra solicitud será coronada con el mayor éxito, reservándosele la atención merecida por ser pedida de españoles sin Patria, deseadores de ingresar a Chile, el país del progreso y de la libertad.

En la impaciente espera de una contestación favorable y siempre reconocidos a V. E. por su digna y noble intervención en pro

de la causa de los Sefaraditas balcánicos, rogámosle se digne aceptar el testimonio de nuestra más alta y distinguida consideración y estima.

El Gran Rabino de los
Israelitas Españoles en
Rumania:
S. J. DJAEN

El Presidente del Consejo de la Comunidad
Israelita Española:
MARCO PRESENTE

El Secretario General:

Esta petición la puse en manos del Presidente de la República a fines de setiembre de 1941, última vez que me fué posible verlo. Pedro Aguirre Cerda estaba ya enfermo, me devolvió la nota y me pidió que se la presentara cuando volviera de Viña del Mar a donde se dirigiría al día siguiente. En octubre el Presidente suspendió las audiencias y en noviembre falleció.

Pero la petición del Dr. Djaen fué acogida con simpatía por el Presidente de la República, quien quedó nuevamente impresionado ante el relato que yo le hiciera de las persecuciones de que eran víctimas los judíos en Europa, especialmente en Rumania.

Le escribí al Dr. Djaen palabras de esperanza y le anuncié la buena disposición de ánimo del Presidente de Chile para aceptar una resolución favorable a su petición.

Aún más, le hablé al Presidente de la conveniencia de promover un acuerdo entre varios países de América comenzando por Argentina y Brasil para traer a los perseguidos de Europa y dárles hospitalidad en este Continente, y el Presidente me declaró que mi idea era digna de estudio y que a primera vista él la aceptaba en principio.

Además, yo mismo envié desde Bucarest una nota bastante explícita en la que le propuse al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, la idea de buscar ese acuerdo con otros países americanos.

Todas estas ideas y proyectos, derivaban de mis conversaciones con el ilustre y Gran Rabino Dr. Djaen.

La muerte del Presidente de Chile, que tenía una visión amplia y elevada de los problemas del mundo, puso fin a mis esperanzas de que América hubiera abierto de par en par sus puertas para salvar la vida de miles y miles de personas, que habrían podido escapar del veneno de los gases de los campos de concentración, del asesinato en masa y de todas las torturas, infamias y deshonoras de que fueron víctimas en el civilizado continente europeo.

Quiero pasar por alto los años de 1942, 43 y 44 hasta el término de la guerra para llegar a la consideración del problema del

Hogar Judío en Palestina. ¡Cuántas veces el tema principal de mis conversaciones con el Dr. Djaen fué el de la Declaración Balfour y los procedimientos para hacer práctica la idea contenida en ella de la constitución en Palestina de un Hogar Judío! En 1944 escribí un artículo que fué publicado en "La Nación" de Santiago, titulado: "Palestina, Estado Judío", en el que di antecedentes históricos acerca de esta materia y sostuve que una vez terminada la guerra, todos los países tendrían que resolver el problema de devolver Palestina para dar una patria a más de quince millones de hombres que fueron expulsados de su legítimos lares.

Y la solución del problema se ha producido no en su integridad, sino a medias mediante el acuerdo de hacer de Palestina dos estados: uno Judío y otro Árabe.

Doctor Djaen, espíritu del doctor Djaen, tu sueño, tus deseos, tus desvelos, han sido realizados: los israelitas dejan de ser elementos apátridas y pasan a constituir una Patria que llegará a ser grande, floreciente, con sus colores nacionales, y con todos los atributos de soberanía e independencia inherentes a una nación con destinos propios.

Tu muerte ha coincidido con este gran suceso de resonancia internacional como es la constitución de este nuevo país que como el ave fénix, surge del fondo de la Historia, en la cual dormía el sueño de las injusticias y en la que se escribirá el gran capítulo de la resurrección, crecimiento y grandeza de la nación israelita.

Este resultado se deberá al esfuerzo de los israelitas mismos combinado con el de los hombres que han ayudado con su grano de arena a la resolución de este gran problema.

Y entre aquéllos, se encuentra el ilustre y Gran Rabino doctor Sabetay Djaen a cuya memoria dedicamos estos recuerdos como cálido y sentido homenaje a su espíritu superior, esclarecido, amoleado por su vasta sabiduría y por la energía y firmeza que puso al servicio de su elevada misión apostólica.

A él podrían aplicarse las palabras de Isaías: "Cantad a Jehová, aclamad su nombre, haced célebres sus obras en los pueblos, recordad que su nombre es engrandecido. Cantad salmos a Jehová porque ha hecho cosas magníficas. Regocijate y canta, oh moradora de Sión, porque grande es en medio de ti el Santo de Israel".

Santiago de Chile, Abril de 1948.

RECUERDO a mi padre, mostrándonos en un mapamundi a mi hermano David y a mí el avance del fascismo: Alemania, Italia, Japón, las primeras conquistas (parte de China, Corea, Europa Oriental, Austria, Checoslovaquia), y en Latinoamérica a Brasil, con el golpe de Vargas y la instauración del Estado Novo. En mi memoria, quizás falsa en esto,

esas zonas estaban sombreadas de gris, una mancha gris amenazante que se extendía por el mundo. La visión de mi padre era convencional, el fascismo era totalitario y lo que estaba en riesgo era la democracia. No aparecía el antisemitismo nazi, a pesar de que mamá era judía; y en la Argentina, que estaba gobernada por el fraude nacido del golpe anti-radical de 1930, sólo había democracia suspendida, aunque los jefes del golpe habían sido fascistas a la criolla y mi padre fuese yrigoyenista, funcionario político echado por los golpistas de su cargo.

El agrupamiento de Brasil entre los países “fascistas” y enemigos nos llamó sobre todo la atención. Le preguntamos a papá: “¿Pero no nos contaste que Yrigoyen había mandado dinero a Vargas para su campaña electoral, y que vos mismo habías sido el encargado de llevárselo?”. ¿Cómo se explicaba eso? ¿Y que el Partido Nacional uruguayo (los Blancos) fueran

El ascenso del fascismo: recuerdos de mis años mozos

Ismael Viñas

aliados de la Unión Cívica Radical, y a la vez acusados de simpatizantes del Eje? “Los enemigos de mis enemigos son mis amigos”, nos contestó, aludiendo a los británicos y a su papel de poder económico en la zona. El era antibritánico y sin embargo demócrata. “Sí, pero no todos los radicales son antibritánicos, y no todos son demócratas.

Algunos simpatizan con Mussolini”, nos replicó.

No entendimos mucho, salvo que el fascismo era “malo”. Tardé años en reconocer las diferencias entre los fascistas criollos, desde los que eran simplemente reaccionarios hasta los que trataban de tomar íntegras las formas de Mussolini (desprecio por la democracia, odio al comunismo y variados intentos de atraer y controlar a la clase obrera). Entre éstos, los grupos y movimientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que adoptaron diversos nombres según los momentos de su aparición, y que a su vez había que distinguir de los diversos golpes militares, que intentaron moldear a la Argentina según sus puntos de vista. Pero, mucho antes, nos llegaron las primeras noticias de las medidas antijudías de Hitler contadas por las hermanas de mi madre; más tarde los nombres de los campos de exterminio y las primeras historias siniestras, finalmente las fotos... Nunca supe de ningún pariente que hubiera muerto en el Holocausto.

*Escritor, ensayista y periodista argentino. Residió en Israel entre 1976-1992 y 1994-95. Esta colaboración es un fragmento de su autobiografía en preparación, que el autor eligió para el presente homenaje a **Judaica**, como testimonio personal de los años del nazismo.*

to, por lo que mi horror no fue personal. Horror, piedad, horror; odio por los perpetradores. Me veo, de joven, mirando ensimismado las fotografías y pensando: “¿Cómo puede un ser humano tratar así a otros?”. Después aprendí que esa inhumanidad era común en la historia, también en la historia argentina: los indios, las guerras civiles, las huelgas bajo conservadores y radicales de 1910-12 y de 1919-22. Lo viviría como niño: el golpe del '30, la Década Infame, el primer peronismo (¿no se suicidó un alemán, probablemente judío, en el baño del Departamento de Sumarios, donde yo trabajaba, por miedo a que se repitieran las torturas sufridas a manos de sus interrogadores en el Ministerio de Hacienda?). El golpe del '55. El segundo peronismo y la Triple A, la dictadura militar del '76. En mayor o menor escala por el número de víctimas, en todos esos casos se manifestaría el desprecio por la vida humana.

Mi familia: judíos y católicos

De algún modo mi familia extensa, dividida y conflictiva (y no sólo políticamente, sino también desde el punto de vista étnico y cultural) me preparó para comprender algo mejor las particularidades de la complejidad de los años que van desde los '30 a los '50, con sus líneas que se entrecruzan y mezclan hasta hacer imposible señalar: “aquí están los buenos – allá los malos”, salvo los fenómenos netamente nazifascistas. Y aun eso está por verse, por lo menos desde las perspectivas de su conducta y de sus afectos personales, pues no es imposible pensar que un decidido demócrata sea un corrupto o se comporte como un monstruo en sus relaciones personales, y que un nazi sea austero y un excelente esposo y padre. Pero no es necesario colocarse en esos extremos, como se verá a lo largo de estos recuerdos, en los que se combina lo familiar y lo político.

Comenzaré por la familia, pues así lo dispone el orden de mis recuerdos. Pero antes es necesario, creo, aclarar qué quiere decir eso de “las particularidades de la complejidad de los años que van desde los '30 a los '50”, pues todas las épocas son complejas y tienen sus particularidades. Las de esos años y unos pocos anteriores (que pueden fecharse desde 1917, con el triunfo de la revolución rusa) y los decenios siguientes se caracterizan por una fuerte ideologización de los movimientos sociales, lo que supondría, en principio, líneas interrumpidas de conducta y la posibilidad de explicarlas coherentemente de acuerdo con las ideologías asumidas. Pero, como todos sabemos, no fue así, y basten unos pocos ejemplos de envergadura mundial para evocarlos como marco, pues se trata de hechos muy conocidos.

¿Cuántos partidos comunistas y “compañeros de ruta” iban a prever la firma del pacto entre Stalin y Adolfo Hitler, en el momento en que comenzaban a olvidarse las matanzas de líderes bolcheviques en la Unión Soviética y las prisiones de Alemania estaban llenas de militantes de izquierda? Hasta ese momento los comunistas habían liderado la lucha antifascista en el mundo, y mi prima Sara (la comunista más prominente que conocíamos) se esforzaba por explicar que “los imperialismos anglosajones” estaban dispuestos a esperar que la URSS se desangrara. Otro caso: Churchill es hoy recordado como el hombre que condujo a su país a la victoria contra el nazifascismo; pero también es posible recordarlo como a un admirador de Mussolini y como un obseso anticomunista que veía en Hitler al encargado de aplastar a los soviéticos. Y en cuanto a las matanzas llevadas a cabo por unos y por otros –y sin remontarnos hasta las realizadas en las colonias o en las cacerías de esclavos– las de Stalin son comparadas con las de Hitler, pero en “Occidente” solemos ol-

vidar las bombas atómicas lanzadas por orden de Truman, que terminaron con dos ciudades japonesas.

Me crié y crecí en Argentina bajo los gobiernos de Uriburu, Justo, Ortiz y Castillo, apoyados en la fuerza y sostenidos por el fraude, y con los resplandores de la guerra civil española y la guerra mundial como horizonte. No dudaba dónde estaban los “malos”, pero quién era el héroe, si los comunistas habían servido para “limpiar la retaguardia”, asesinando anarquistas y trozkistas, según me contaron los amigos de Pedro Milessi (un fundador del Partido Comunista argentino, expulsado por “superizquierdista” en 1923), que me dieron la primera perspectiva marxista cuando yo tenía 18 años, más allá de los sentimientos, prestándome libros.

Basta con lo anterior, supongo, para advertir lo que quiero decir: un mundo enmarañado, en el que desde todos los ángulos podían lanzarse acusaciones contra el adversario. Había que ubicarse en él, con la desventaja de pertenecer a un país marginal y de ser judío, pues esto lo asumí desde muy niño, aunque mi padre pertenecía a una familia católica, con capilla instalada en la casa del abuelo. Y aquí aparece la familia, con sus dos ramas: judía por mi madre, española e italiana por mi padre, en un mundo en el que avanzaban a la vez el comunismo y el fascismo, y en la Argentina particularmente éste, aunque con una cobertura por esos años de nacionalismo. Ya aparecerían los tiempos en que sería reemplazado por una especie de liberalismo fascistoide, por reacción contra el populismo obrerista del peronismo y en defensa del “orden”, así como éste se había propuesto como respuesta al “desorden” liberal, que dejaba los votos populares a merced de la izquierda (puro fantasma, pues ese deslizamiento nunca había ocurrido en la Argentina). Los “nacionalistas” argentinos, que no habían aprendido la

lección de sus maestros Mussolini e Hitler, sirvieron a los intereses del golpe militar pro-oligárquico oponiéndose a la Unión Cívica Radical, se unieron al golpe peronista por soñar que éste encarnaba su ideal, y luego al golpismo antiperonista. Pero también en el radicalismo había fascistas o protofascistas, muchos de los cuales confluyeron en la alianza que llevó a Perón al poder por elecciones, con el nombre de Unión Cívica Radical (Junta Reorganizadora).

Mi familia no judía era muy numerosa y heterogénea: ocho tíos y tías, con una única soltera, que variaban desde la seriedad de un gerente de banco hasta el aventurerismo total del tío menor Antonio, que ayudó a crear el cuerpo de ambulancias en Francia durante la guerra del '14, desembocó en la Patagonia y contaba con dos muertes en su haber, por cuestiones personales. El abuelo, católico y monárquico, vivió casi toda su larga vida en Monte, un pueblo del sur de la provincia de Buenos Aires, donde emparentó por su mujer, nieta de italianos, con otras familias tan extensas como la suya. Mi padre, el tercero entre los hijos vivos, encabezaba el ala radical (por la UCR) de la familia, que contaba con una tía (Soledad) casada con uno de los caudillos del partido en Lobos, y con los hermanos menores. La mayor (María Antonia) y el gerente de banco (Armando) formaban el ala conservadora, admiradora de Mussolini y de Hitler. Tan admiradores eran, que la hija mayor de María Antonia inscribió a sus dos hijos en la asociación de los “requetés”, el ala más derechista del franquismo, partidarios de la monarquía absoluta, con pretendiente al trono español. La tía María Antonia estaba casada con Enrique Petracchi, que llegó a Procurador del Tesoro bajo Perón, y daba conferencias sobre literatura española; uno de sus hijos (Enrique) es hoy miembro de la Corte Suprema de Argentina. Sí: uno de los que llevaba desde niño la cruz de los “requetés” en el pecho.

No acababa allí la familia, pues había tíos, tías y primos segundos, desde dueños de almacenes generales en mi pueblo hasta descendientes de generales de la independencia, y un tío político cuyo linaje llegaba hasta el caudillo Facundo Quiroga.

Mi familia judía era más simple: tres hermanas de mi madre, bastante mayores que ella, casadas con ucranianos conocidos de la familia desde Europa, menos una cuyo marido era rumano, pero con un apellido, Schwarz (con variadas grafías), que nada tenía de latino. Esta tía no tenía hijos, las otras dos sí: dos cada una, entre diez y quince años mayores que yo. Todos eran comunistas o compañeros de ruta. El *zeide* (el “abuelito yeide”, como le decíamos David y yo, para distinguirlo del abuelo Viñas) no sé qué era, pero iba a la sinagoga los sábados, sin gran fanatismo, pues pasaba dos o tres meses con nosotros en el campo, donde no había ninguna posibilidad de rezar en un *minián* (había por allí muchas familias españolas, italianas y aun irlandesas, con alguna que otra gota de sangre india o negra, pero ninguna judía).

Ser judío I

Durante esos años mis tías judías fueron muy importantes para nosotros: las visitábamos a menudo cuando mi madre vivía, y después de su muerte vivimos durante un tiempo con ellas. Venían al campo a pasar las vacaciones con nosotros, que quedamos solos a cargo de Antonio, el hermano de papá, y pasamos un largo y extraño verano en casa de la mayor, Ana, en Bahía Blanca. Fuimos a nadar a las lagunas cerca de la ciudad, donde nos mordieron los cangrejos, comimos por primera vez como judíos europeos, y despertó nuestra afición literaria: editamos un periódico que se llamaba *El tambor*, en la máquina de escribir de mi tío Aarón, donde contábamos, para

papá, las experiencias de cada día. Leímos nuestras primeras poesías más allá de los programas del colegio: Neruda nos gustaba, pero nos parecían abominables algunos de sus poemas de militante, como su “Canto a los bigotes de Stalin”. Al tiempo, no sé cuánto, lo discutimos con mi primo Israel, a quien le parecían bien, y allí apuntaron nuestras primeras disidencias con los comunistas.

Las relaciones con los hermanos y hermanas de mi padre fueron más complicadas. Cuando mis padres se fueron a vivir juntos (calculo que mi madre tenía unos 18 años), el escándalo levantado en las dos familias fue, según me contaron, sensacional: ¡con una judía, y sin casarse!, ¡con un goi, y sin casarse! La familia judía, empero, perdonó cuando nació yo y mis padres se casaron. Mi abuela paterna, Dominga, no perdonó nunca. El abuelo Antonio sólo nos recibió en su casa cuando cumplimos siete años yo y cinco mi hermano David. Los hermanos menores de papá nos aceptaron prontamente, así como la mayor, María Antonia, y Rañó, su marido. Pero perduraron detrás de las buenas maneras de algunos y del sincero cariño de otros, las historias malévolas: la “Rusa” habría sido cabaretera y papá la rescató para casarse con ella. Eso me lo dijo mi prima Bibí, cuando yo era muy niño, y le di un cachetazo que se volvió folclórico entre los parientes.

De tal modo, supe que era judío desde que tengo uso de razón, aunque el término no tuvo connotaciones (ni positivas ni negativas) hasta que cumplí unos ocho años. Y fueron negativas, ya que se lo usó como burla contra un amigo en el colegio. Acostumbrados desde niños a responder a las burlas a puñetazos, el hecho dio lugar a la más homérica pelea que recuerdan los anales del colegio Mariano Acosta: todos contra todos, pues los judíos teníamos aliados, nadie sabrá nunca por qué. A puñetazos, patadas y algún mordisco, hasta que fuimos interrumpidos por los celadores.

En realidad, las peleas fueron más frecuentes que las veces en que me sentí agredido por judío. Me atacaron por ser hijo de radical en un pueblo de mayoría conservadora, y más tarde por la barba de mi padre en una época en que casi nadie la usaba (salvo Lisandro de la Torre y los judíos ortodoxos, pero éstos sólo en su barrio-gueto de Buenos Aires). La barba y la agresividad de mi padre, que no perdonaba que nadie se metiera con su pelambre. Más tarde aún, en algún episodio junto a David; por ejemplo, cuando lo agredieron en la revista nacionalista *Mayoría*, lo que nos llevó a asaltar la redacción. El director, Jacovella, y dos redactores que intentaron defenderlo, recibieron algunos golpes a manos de nosotros dos. *Mayoría* era una revista nacionalista, y tal vez la inspiración del artículo en cuestión haya sido el antisemitismo de su autor; pero eso apenas se notaba, pues más bien la intención de atacarnos era anti-izquierdista. En general debo confesar que ni en la época de *Contorno*, ni más tarde en mi actuación política, recibí ataques por ser judío. Aun en enfrentamientos como el que tuvimos con *Azul y Blanco*: nos acusaron de todo, usaron despectivamente adjetivos (“esos inteligentes de *Contorno*”), pero nunca aludieron a nuestra judeidad, a pesar de que hubiera sido fácil dado que había al menos cuatro judíos entre los redactores permanentes de la revista (Noé Jitrik, León Roitchner, David y yo).

No sé qué dirían a mis espaldas, por supuesto, pero debió pasar mucho tiempo, hasta después del '83, para que los nacionalistas de entonces señalaran la judeidad de David y la mía, incluso en carteles fijados en las paredes de Buenos Aires. Hasta ese momento, los accidentes antisemitas que tuve fueron más bien en la vida privada, de parte de algún idiota que ignoraba que yo era judío, y, creyendo estar hablando “entre hombres blancos”, se permitió decir algo de-

sagradable o hacer algún chiste de mal gusto, como que él “reconocía a los judíos por el olor”, que “las mujeres judías están buenas, pero los hombres son todos cobardes” y cosas similares, para poner cara de asustada sorpresa cuando yo le decía, con la mayor frialdad y desafío posible, que era, precisamente, judío.

Asistí, de muchacho, a una escena que se me grabó indeleblemente: un joyero ambulante visitó la que ya en ese entonces era la casa de mis tías, en Monte, y se habían reunido algunas amigas para ver alhajas y precios. En eso llegó Girado, dueño y editor del periódico *La Voz de Monte*, conocido por “El Pato” por las muecas que hacía con la boca al hablar. El joyero era rubión, de unos treinta años, y grandote; El Pato Girado charlatán, y, según resultó, antisemita, pues comenzó de pronto, sin que pueda recordar por qué, a decir necedades contra los judíos. Entre otras, resaltó lo de la atribuida cobardía. El joyero, que estaba sentado detrás del escritorio, frente a él, se levantó como desdoblándose, y sólo le dijo: “¿Le parece que todo eso que dice es cierto?”. El Pato comenzó a balbucear, la cara desfigurada, y se fue sin contestar nada. El joyero, que no se había descompuesto ni un ápice, dijo: “Prosigamos”, y siguió tratando de vender su mercancía.

Pero cada tanto, en algunas épocas con más frecuencia que en otras, se registraban incidentes: cementerios judíos profanados, negocios atacados con bombas de alquitrán o pintados con leyendas antijudías, sinagogas atacadas con bombas de alquitrán. Los muchachos de la juventud que impedían asaltos. Hasta que llegaron las tragedias: Graciela Sirota, herida y tatuada con una svástica en el pecho; Raúl Alterman, muerto. La primera, un ataque en banda, me llegó de lejos, por la prensa. Pero Alterman era mi amigo. Cuando entré en la UCRI, Raúl ya pertenecía a su movimiento juvenil. Cuan-

do nos fuimos para poner las bases del Movimiento de Liberación Nacional, nos acompañó. En ese momento de transición, el Partido Comunista ejercía gran presión sobre nosotros y otros grupos de jóvenes que dejaban la Intransigencia asqueados o molestos por la política de Frondizi. El se acercó al comunismo, por admiración al castrismo, y por la hegemonía, puramente hablada, que el PC tenía sobre las relaciones con Cuba. Seguimos siendo amigos, sin embargo. Lo mataron fríamente, al estilo de la mafia, dos nacionalistas que tocaron el timbre de su departamento y le dispararon a través del cristal de la puerta. Lo mataron, como escribieron en una carta, “por ser un cerdo judío comunista”; sin alguna de esas condiciones no lo hubieran asesinado en esa época.

La política y mi padre

Mi padre y la familia judía influyeron en mis ideas políticas de niño y adolescente, no de un modo sistemático o induciéndome a lecturas (pues unos y otros se limitaron a regalarme desde los libros de Constancio Vigil hasta los de Tarzán, Emilio Salgari, Julio Verne o Alejandro Dumas hijo, sin advertirme siquiera sobre las ideas políticas, tan dispares, presentes en las obras). Fue por conversaciones casuales o formales, por frases oídas a los visitantes (Rodolfo Ghioldi en la casa de mi tío Pablo Zeid; Ricardo Rojas, Nerio, Alfredo Palacios, Tamborini, Arturo Jauretche en la de mi padre), que fui aprendiendo historia y política; o en los actos del Socorro Rojo y en los mitines radicales. También por sufrir la represión policial: cuando eran disueltas las manifestaciones en las que hablaba mi padre (durante gobiernos de los conservadores o de Perón); cuando se lo llevaron detenido en las calles de mi pueblo, Monte, ante mis ojos, y yo reaccioné con todos mis siete años, echándole mi petiso

encima al comisario (Calderón se llamaba). Después mi padre fue llevado a La Plata, pero para nosotros estuvo desaparecido durante diez días (“desaparecido”, ¡que siniestro resultó ya entonces!). Cuando la policía invadió el campo en busca de armas. Cuando detuvieron a mi tío Egisto Ratti, y lo tuvieron de pie en el mingitorio de la comisaría, donde un sargento le meó las piernas durante dos días (en libertad, después de un mes, fue a buscar un revólver, y baleó al sargento en las piernas. También aprendí eso: a no admitir humillaciones, o a vengarlas). Acompañé a mi padre en una gira por Santa Fe para las elecciones de gobernador, en la que asesinaron al candidato radical y al caudillo de un pueblo en el Chaco santafecino. Esto lo vi: no había hospital en ese pueblo, y lo llevamos en auto a otro más provisto. Murió en el camino, desangrado, ante mis ojos espantados.

Durante esa gira, en Rosario, un grupo de nacionalistas asaltó el mitín radical al grito de: “¡Patria sí – Chade no!”; por alusión a la compañía de electricidad de Buenos Aires, cuya concesión había sido prolongada por el Concejo Deliberante en una votación en la que los radicales dieron la mayoría, con la oposición del entonces joven Arturo Frondizi.

Pregunté a mi padre más tarde por qué los concejales de su partido habían votado de esa manera, y me contó que cuando él a su vez lo interrogó a Alvear, éste le había dicho: “Mire, Viñas, es que las campañas electorales se han vuelto demasiado caras para costearlas de nuestros bolsillos”.

No sólo personajes visitaban la casa de mi padre. Cuando murió mamá, llegó una delegación de obreros y pequeños empresarios que habían vivido en la Patagonia, que traían una lápida con la leyenda: “A la compañera Esther...” y con la firma de varios sindicatos anar-

quistas. Así, comencé a enterarme de lo que había ocurrido en las huelgas de la Patagonia en los años '21 y '22, que llevaron a los fusilamientos de más de mil obreros por el ejército, y de cómo el entonces presidente Yrigoyen le había contestado a mi padre, cuando fue a plantearle que debía tomarse medidas: "Doctor, usted no entiende: no se puede tocar las instituciones que son pilares de la patria".

Hay que tener en cuenta la perspectiva de un niño y de un adolescente para comprender el modo como se grabaron esos y otros episodios en mí, cómo arraigaron y qué visión del mundo me dieron, mezcla de idealismo y de realismo: la visión de la policía y del ejército como instrumentos de los dueños del país; la idealización del pueblo pobre, de esos hombres y mujeres que venían, años después de los hechos, con una placa en la que estaba grabado: "A la compañera Esther..."

Los nacionalistas

También hay que tener en cuenta cómo se grabó en mí la violencia de la derecha nacionalista: ese puñado de hombres atacando con cachiporras una manifestación. Lo volvería a vivir: cuando los estudiantes de Derecho organizamos un mitín en la facultad para protestar contra las medidas del peronismo en la enseñanza, y un grupito del Sindicato de Estudiantes lo atacó, sólo para ser arrollado por la multitud; cuando, años después, atacaron un acto en el que hablé junto a Silvio Frondizi; otro (ya fundado el MLN) en el que hablé junto a Celia Guevara, la madre del Che; otro más, cuando hablaba en la Facultad de Arquitectura de Córdoba, y los atacantes eran los llamados Integristas Católicos, encabezados por Firmenich...

La ostentosa actitud de los nacionalistas cuando creyeron haber alcanzado el poder: cuando Manuel Fresco fue gobernador, fraude mediante, de la provincia de Buenos Aires, y organizaban marchas uniformados con camisetas de colores a imitación de los fascistas europeos, y desfilaban desafiantes, sabiendo que contaban con el respaldo de la policía. Yo, niño, los miraba desde un automóvil, propiedad de mi tío Pablo Zeid, quien mascullaba: "Todos reciben sueldo", o algo parecido. Su fastuosidad: el Congreso Eucarístico Internacional, puesto en marcha por una Iglesia Católica que era en su mayoría fascista o profascista y el resto, liberal, como monseñor de Andrea, que había dado su bendición, sin embargo, en décadas anteriores, a organizaciones de ultraderecha, dirigidas a luchar contra el avance comunista y anarquista entre los obreros. Centenares de miles de personas fueron a las misas, se confesaron y comulgaron, y mi padre paseó a su familia entre la multitud, como nos llevaba a los desfiles, a presenciar un espectáculo. Nunca supe qué pensaba, pues nunca hablamos de esa presencia masiva de fieles.

Marcelo Sánchez Sorondo escribió, desde su posición pro-peronista de los primeros años, que muchos como él se hicieron fascistas por ser católicos. No dice que muchos más volvieron al catolicismo porque ya eran fascistas, pues mi tío Zeid estaba equivocado: nadie pagaba a los nacionalistas que desfilaban. La "oligarquía" argentina, que había sido anticatólica (y antiespañola) entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX, estaba volviendo a sus orígenes ante la amenaza de perder poder ante la clase obrera y la nueva burguesía hija de inmigrantes.

La "oligarquía", sus hijos pobres y su clientela. Porque Sánchez Sorondo (mi medio pariente político, en un tiempo) era, como él mismo me explicó una tarde acaloradamente, "honesto y pobre,

pobre con decoro". Y ello a pesar de ser hijo de un ex-ministro del Interior de Uriburu, Matías, que no se enriqueció en su cargo. Ya se ve: también hubo fascistas que no se corrompieron por dinero. Ni, digámoslo por Marcelo, por apetencias de poder.

Ser judío II

Aprendí temprano que la sociedad argentina (después sabría que casi todas las de "Occidente") estaba empapada de antisemitismo. Había no-judíos de buena fe, que no sólo se cuidaban de no hacer chistes antisemitas sino que no permitían que se hicieran en su presencia. Los demás iban desde el liberal, que se cuidaba de no aparecer como antisemita en público y de no parecerlo cuando había algún judío presente, hasta el neonazi descarnado. Y eso en todas las clases sociales sin distinción. ¿No se hicieron famosos los cánticos hirientes de las hinchadas de fútbol cuando su club jugaba contra Atlanta: "Ahí viene Hitler por el callejón/matando judíos/para hacer jabón"? ¿Y no llegó a la fama Divito, el dibujante humorista, sin que nadie se escandalizara porque en su historieta sobre Isidoro, el ahijado de Patoruzú, figurara el sastre Popof, su acreedor, con todos los rasgos estereotipados de las caricaturas antisemitas?

Los judíos en Argentina reaccionaban de diversas maneras también. Desde los que aceptaban esa realidad y procuraban luchar contra ella; los que la vivían de modo paranoico; los que se sentían incómodos con el hecho de ser judíos, y trataban de no asumirlo y de hacer como si no existiera el antisemitismo; hasta los que cambiaban de nombre, y vivían como no judíos y, en casos extremos, se convertían al catolicismo y hasta llegaban a actuar como antisemitas.

No conocí personalmente a nadie que se convirtiera, sí a multitud de los otros. Desde León Rozitchner, que llevaba orgullosamente el apellido y el recuerdo de su padre, hasta (en Israel) a Eliahu Sorek, que negaba haber sufrido nunca experiencias antisemitas. Jitrik, que casó con Tununa Mercado, hija de un prominente abogado y político cordobés y con sangre india en sus venas, se sentía algo incómodo con su judaísmo, aunque pudiera ser que fuera más bien con su pasado de niño judío pobre, pero nunca llegó al extremo de negar su origen. Otros, en cambio, me provocaron curiosidad, como el novelista que escribe con el seudónimo de Andrés Rivera, hasta que lo conocí y lo traté: sin que yo sospechara que era judío, sacó a relucir el nombre de su padre, orgulloso del papel que había jugado en el sindicalismo argentino (recuerdo su expresión: "Desembarcó, y antes de iniciar ningún trámite, fue al local del Partido Comunista"). Mucho más tarde, le rendiría homenaje en una novela excelente, *Todo es memoria*.

Pero nunca me atreví a preguntar a Rivera porqué firmaba sus novelas con ese nombre, de modo que me he quedado con la duda. Tal vez, sólo tal vez, sintiera que era difícil llegar a ser un escritor argentino con un apellido como el suyo, le diera un poco de incomodidad, y hasta de vergüenza.

Y a la afirmación de Sorek, la respuesta la dio la madre de éste, en una larga conversación que sostuvimos una noche en Jerusalén. Contó cómo se vio obligada a mudarse de barrio en Buenos Aires ("A un barrio no judío", dijo), porque los muchachones le orinaban el umbral de su casa...

No fue porque sí que el "yeide" cambió su apellido en el Hotel de Inmigrantes.

Se llamaba Polinsky; se inscribió como Porter.



judaica

publicación mensual
director: salomón resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 201.202

Año XIII

Buenos Aires, Abril de 1946

N° 154

Adopción de niños europeos

La situación alimenticia en Europa ha llegado ya a un extremo tan agudo, que muchos gobiernos se han visto obligados a emprender colectas de ayuda para mitigar el hambre que azota al Viejo Continente. En la Argentina, además, el gobierno ha decidido concentrar en sus manos las iniciativas privadas de socorro. La palabra de orden es: enviar, cuanto antes, productos alimenticios, de vestuario, medicamentos, a fin de sustraer a la extinción el mayor número de habitantes europeos, expuestos poco menos que a la inanición. Frente a este estado, la UNRRA se ha visto obligada no sólo a impetrar la contribución urgente de los gobiernos, sino que ha tenido que enviar un emisario especial a los países sudamericanos, al ex presidente Hoover, para lograr una cooperación inmediata y efectiva en esta lucha titánica contra el hambre.

Para nosotros, los judíos, esta lucha no es novedosa, desde luego. Hace años que venimos practicándola. Poseemos entidades especiales encargadas de esta tarea, entre ellas el JOINT, que se dedica exclusivamente a ella y que en los 31 años de su existencia de inversión en esta obra de salvamento doscientos millones de dólares. Hasta hace pocos años éramos los únicos en este campo; hoy casi todos los pueblos europeos se ven obligados a acudir a la ayuda extraña para poder sobrevivir.

Ahora, dentro de esta lucha contra el hambre, nos toca afrontar nuevos problemas, entre ellos el de la emigración, sobre todo debido al recrudecimiento del antisemitismo en varios países europeos, especialmente en Polonia. Y dentro de este problema agudo, surge, con caracteres especiales, el de la masa de huérfanos judíos, desamparados y hambrientos, sin hogar y sin perspectiva. Existen en la actualidad varias iniciativas para salvar a esos pequeños sobrevivientes, trasladándolos a otros países, particularmente a Palestina y las repúblicas americanas.

Por suerte, varios gobiernos americanos han expresado su buena dispo-

sición para permitir la entrada de huérfanos judíos, y sabemos que las grandes organizaciones de ayuda judías, en primer término el JOINT, están dispuestas a facilitar este traslado, tomando a su cargo los gastos correspondientes. Pero naturalmente es preciso que las colectividades israelítes americanas tomen luego a su cargo el sostenimiento adecuado de esos pequeños inmigrantes, ya sea en institutos especiales, ya en casas de familia. Sabemos que existen muchísimas familias que adoptarían con mucho gusto a niños traídos de Europa, de tal modo que su subsistencia no acarrearía dificultad alguna ni para el país que los albergue ni para las sociedades judías del mismo. Lo menos que pueden hacer los correligionarios de estas repúblicas es tomar a su cargo el cuidado de un huérfano judío. Y lo harán muchísimas familias, como decimos. Pero con todo, no basta la buena voluntad. Es menester que se organice una entidad responsable que vigile la estada de los huérfanos en sus nuevos hogares, que vigile su bienestar material y moral, su subsistencia física y espiritual. Porque es grande el compromiso que una colectividad contrae al traer a su medio una cantidad de huérfanos judíos. Es necesario rodearlos no sólo de cuidados materiales, sino también de un ambiente cariñoso y de una atmósfera judía elevada. No basta con la responsabilidad material de los que decidan adoptar a un niño traído de Europa; al mismo tiempo que solvencia material para sostenerlo, deberán acreditar también solvencia moral para guiarlo en la vida e imbuirlo de dignidad judaica, de apego a su pueblo. De lo contrario sería un menoscabo entregarle esos niños salvados del infierno.

Nos parece, por consiguiente, que en la tarea de salvar a la niñez judía de Europa no bastará con la buena voluntad de los gobiernos que permitirán su ingreso a sus respectivos países, ni con la buena disposición de las grandes organizaciones judías para sufragar el traslado de los huérfanos. Será menester, como complemento de esas posibilidades, un riguroso sistema de ubicación de los niños en buenas manos y un cuerpo capacitado para vigilar su permanencia, su instrucción, su desarrollo, en sus nuevos hogares. Esta tarea, naturalmente, les incumbe a las comunidades locales, las que deben encarar el problema con criterio amplio, a la par que generoso. Será una tarea nada fácil, pues la responsabilidad que se ha de asumir es grande y significativa. De ahí que sea preciso encarar el problema con antelación, para estar preparados en el momento en que empiecen a llegar los niños. Adoptarlos significará en este caso adquirir su paternidad espiritual frente a todo el pueblo judío. Confiamos en que así lo harán quienes tengan en sus manos esta delicada cuestión.

(Último editorial escrito por Salomón Resnick).